

Dich. Bönnd 693.9

Vuelta

Revista mensual / número 39, volumen 4 / febrero de 1980.

Director **Octavio Paz**
Consejo de Redacción **Julieta Campos, José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Ulalume González de León, Jorge Ibarguengoitia, Alejandro Rossi, Kazuya Sakai, Tomás Segovia, Gabriel Zaid**
Secretario de Redacción **Enrique Krauze**
Gerente **Celia García Terrés**
Jefe de circulación **María Teresa García Gayou**

Juan Larrea y Luis Buñuel *Ilegible, hijo de flauta (I), 4*
Guillermo Sucre *La vastedad, 14*
Raymond Aron *Del imperialismo norteamericano al hegemonismo soviético, 15*
Gabriel Zaid *Versiones de Po Chu Yi, 24*
Juan Liscano *Gaitán Durán, entre el erotismo y la pulsión de la muerte, 25*
Marco Antonio Montes de Oca *Segundo poema de la convalecencia, 34*
Salvador Elizondo *Camera lucida: La legión extranjera, 35*

Libros

La riqueza de la pobreza de Enrique González Pedrero por Leopoldo Solís, 38
La cólera de Aquiles de Luis Goytisolo por Alfred Sargatal, 39
Los años de Orígenes de Lorenzo García Vega por Francisco Rivera, 43

Artes Visuales

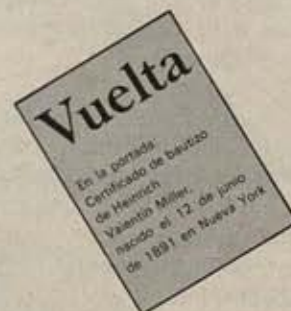
Damián Bayón *Testigo ocular: Buenos Aires, un mundo aparte en Sudamérica, 45*

Letrillas

Michael Schmidt *Carta de Inglaterra, 47*
Clicerio Avilez *La física en los setenta, 48*

La vuelta de los días

Jorge Alberto Manrique *Carta a Octavio Paz, 51*
Elías Trabulse *Una aclaración y una premonición, 52*
Octavio Paz *Trabulsiones, 52*
Vuelta prohibida en Argentina, 54



Vuelta Oficinas Leonardo da Vinci 17 bis, México 19, D. F. / Teléfonos 563 84 29 y 598 57 43

Suscripción anual México: 200 pesos. Suscripción extranjero correo aéreo: E.U. Canadá, Centro y Sudamérica: 20 Dls; Europa y Asia: 30 Dls. Todos los derechos de reproducción de los textos aquí publicados han sido reservados por *Vuelta*.
Diseño y composición: Magnetipo, S. A., Avena 102, México 13, D. F. ■ Impresión: Imprenta Madero S. A., Avena 102, México 13, D. F.
Distribución en el D. F. y despachos: Enrique Gómez Corchado.
Distribución en el interior de la república mexicana: Distribuidora Sayrols de Publicaciones S. A.
Distribución de *Vuelta* en Estados Unidos, Inglaterra y Canadá: Macondo Books Inc. 221 West 14th street, New York, N.Y. 10011 U.S.A.
Distribución de *Vuelta* en España: Fondo de Cultura Económica ■ Apartado de Correos 582 Madrid
Impreso en México, Printed in Mexico ■ Portada impresa en papel Eurokote

Juan Larrea
y Luis Buñuel

Ilegible, hijo de flauta*

Una calle en un barrio tranquilo, casi sin tiendas. Pasan algunos transeúntes. Se ve caminar a un policía uniformado presa de visible agitación. Es fácil darse cuenta que atraviesa por uno de esos momentos críticos en que se toman resoluciones radicales. Se enjuga los ojos con el dorso de la mano. Al llegar a una esquina desenfunda su pistola y se dispara un tiro en el paladar. Se desploma. Algunos curiosos entre estupefactos y consternados empiezan a formar un círculo en torno suyo. Hay uno, como de unos treinta y cinco años, cuya atención es atraída poderosamente por la pistola que el policía tiene todavía en su mano derecha. La mira, y el arma pasa a primer plano. Dicho transeúnte se abre paso con decisión entre los que forman el círculo.

—Permitame, soy médico— dice.

Se arrodilla junto al policía. Le quita el arma de la mano, que conserva en la suya izquierda, mientras le toma el pulso. Abre luego la otra mano del policía que apretaba un retrato de mujer arrugado. Aprovecha la curiosidad que este retrato despierta para guardarse la pistola en el bolsillo. Dice:

—No hay que hacer. Está muerto. Voy a telefonar a la Cruz Roja.

Es un pretexto. Se le ve caminar con rapidez varias calles y penetrar en un portal. Sube escaleras y se detiene ante la puerta de un apartamento. Introduce la llave en la cerradura y trata inútilmente de abrir: la puerta está atrancada por dentro. Pensando que tal vez se ha equivocado de piso, levanta la vista hacia una cartela donde se lee su nombre: *LEANDRO VILLALOBOS*. Toca entonces el timbre y repica insistentemente con los nudillos. Una voz de mujer pregunta desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy yo.

Al pronunciar la palabra "yo" se oye un ruido fortísimo, como de inmensa cristalería que se rompiera. Se sobresalta y mira hacia todos lados buscando la causa.

En esto abre por fin la puerta una mujer sorprendida y mal peinada:

—¿Eres tú, Leandro?... ¿Cómo has regresado tan pronto?

—¿Y tú, ¿Por qué has cerrado desde dentro?

—Ya sabes lo miedosa que soy...

Pasa él a su despacho en el que se ven: una mesa escritorio muy pesada con su sillón frailer. Un armario grande, de dos hojas, en el que podrían caber perfectamente una persona o dos. Estanterías de libros. En una de las paredes destaca visiblemente un inmenso gráfico

que representa un cerebro humano en el que aparecen clavadas muchas banderitas exactamente como en los mapas militares. Hay también un espejo en la pared. En uno de los ángulos de la habitación se ve una estatua grande del *Pensador* de Rodin cuya cabeza aparece tocada con un casco secador de peluquería.

Mira rápidamente el cerebro del gráfico que parece un terreno montañoso. Reflexiona un instante ante él y cambia de lugar algunas banderitas como si realizara una operación estratégica, mientras su mujer le habla y él le responde:

—Pero ¿qué te pasa?

—¿Qué quieres que me pase? Nada. Es decir, creo que he encontrado el medio de resolver mi problema.

—¿El de ganar para vivir como es debido?

—Bah, ya sabes que para mí hay otras cosas más importantes.

El ha sacado de su bolsillo la pistola que deja sobre el escritorio. Ella le mira a él y mira el arma con ojos de espanto que vuelve hacia el armario para contemplarlo visiblemente aterrorizada. Su pavor sube de punto cuando su marido se dirige hacia dicho mueble y abre una de sus puertas. Saca de él una blusa blanca, viéndose al fondo un esqueleto.

Mientras se pone la blusa le dice a su mujer:

—Anda, vete.

—Pero ¿qué te pasa? Me das miedo. Se diría que te propones cometer algún crimen...

—No seas tonta, no pienso suicidarme. Al contrario. Hay algo que tengo que saber hace tiempo, que está aquí, dentro de mi cabeza, y que ahora voy a averiguar... Déjame solo, te digo...

La empuja sin brusquedad hacia la puerta que cierra con llave después que ella ha salido.

Se acerca entonces al *Pensador* de Rodin. Desenchufa el contacto eléctrico del casco y retira éste con cuidado. Mete una llavecita en una cerradura que la estatua tiene en la oreja izquierda y después de darle vuelta, toma un paño para levantarla, con precauciones a fin de no quemarse, la tapa de los sesos. Saca de allí una paloma asada cuya forma recuerda a un cerebro. Le corta un alón con un poco de pechuga y se lo come.

Se dirige al mismo tiempo a un armario, saca una botella de agua y un vaso. Vierte en éste dos dedos de líquido y luego un par de pastillas que extrae de un tubo de *Veronal*. Las revuelve y las ingiere. Suena un timbre de teléfono. Se acerca al espejo y descuelga un pequeño auricular cuyo hilo atraviesa la luna de manera que, al mirarse en ella, parece que el cable sale de su propio entrecejo. Aunque se oyen dos voces, la suya y otra un poco más metálica y gangosa, es como si hablara consigo mismo. El diálogo expresará, con las menos palabras posibles, que por fin ha llegado el momento de obtener la solución del problema que tanto le preocupa. Esa "idea",

* Basado en una narración de Juan Larrea, *Ilegible, hijo de flauta* fue escrito para Luis Buñuel y con la colaboración de éste. En el próximo número de *Vuelta* se publicarán, junto a la segunda parte del argumento, un texto de Larrea sobre las circunstancias en que nació este texto.

esa verdad que él siente desde hace tiempo paseársele por la cabeza, sin poder captarla, tendrá ahora que rendirse. La pistola que ha dado muerte a un policía tiene con toda seguridad un poder especial. Es algo así como un instrumento mágico irresistible. Sin embargo, él, conscientemente, ignora el uso que puede hacerse con ella. Hay que hacer algo, pero no sabe qué. No se trata de suicidarse, ni de disparar contra nadie. Ha llegado a la conclusión de que debe dar ocasión a que el subconsciente se manifieste. Prácticamente, ha decidido dormirse teniendo la pistola en la mano para que lo que debe suceder suceda. Con ese fin ha tomado las pastillas de Veronal.

Terminada la conversación, cuelga el auricular y se sienta ante el escritorio. Toma un bloque de papel. Tacha con tinta roja su nombre escrito en el membrete: Leandro Villalobos, Desengaño 27, y escribe en su lugar: *Ilegible, hijo de flauta.*

Se oye alboroto en la calle. Se asoma a la ventana. Hay gente apiñada mirando hacia el alero de la casa de enfrente donde se ve a otro policía uniformado dispuesto a precipitarse desde el quinto piso. Los espectadores, nerviosos, le increpan conminándolo a que se retire. Pero el policía no se da por enterado y se tira de cabeza en el momento en que se acerca una ambulancia, yendo a caer a pocos metros delante de ésta que frena y se detiene. Baján rápidamente los enfermeros y recogen el cuerpo. Al colocarlo dentro de la ambulancia se ve que ésta contiene los cadáveres de otros dos policías.

—Qué barbaridad —comenta *Ilegible*—. Verdaderamente hoy o nunca...

Con esto parece querer decir que el día en que estos hechos extraños ocurren es excepcionalmente propicio para conseguir lo que él se propone. Tal vez en su pensamiento se plantea la relación entre este parecer de los policías de la ciudad y la desaparición de la censura dentro de su psiquismo...

Vuelve a sentarse ante el escritorio. Se da cuenta de que hay una capa de polvo sobre la mesa. Hace unas rayas con el dedo y luego escribe maquinalmente: *Avendaño*. (Esta palabra es un apellido español.)

Dice:

—¿Avendaño? ¿Y por qué Avendaño? ¿Quién será Avendaño? ¿Sería éste tal vez el apellido de mi padre?

A juzgar por estas palabras parece que uno de los motivos de su preocupación es ignorar su verdadera identidad, delatando así que no ha tenido padres.

Las pastillas de Veronal van haciendo su efecto y se va quedando dormido con la pistola en la mano.

Después de haberse dormido del todo suena de repente la detonación. *Ilegible* da un salto que derriba silla y mesa, cayéndose al suelo y quedando cogido bajo el mueble. La tinta roja se derrama junto a su cabeza. Parece haberse suicidado.

Se oyen en la puerta grandes golpes de la mujer que grita: ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! Abridme, abridme...

Se entreabre cuidadosamente el armario y se ve asomar con grandes precauciones la calavera del esqueleto visto anteriormente. Poco después se retira la calavera y aparece la cabeza espeluznada del amante. Contempla a *Ilegible* caído. Sale entonces de su escondite dejando la calavera encima del esqueleto y se dirige a la puerta de la habitación que abre, dando paso a la mujer que ha seguido gritando.

El amante dice:

—¡Se mató!

—Pobrecillo... Pero qué susto, creí que te había matado a ti...

Se toman las manos y comentan:

—De buena te has librado.

—Es que yo soy yo...

Al pronunciarse la palabra "yo", así como antes se oyó el ruido de cristalería, se oye ahora un ruido muy fuerte como de cadenas...

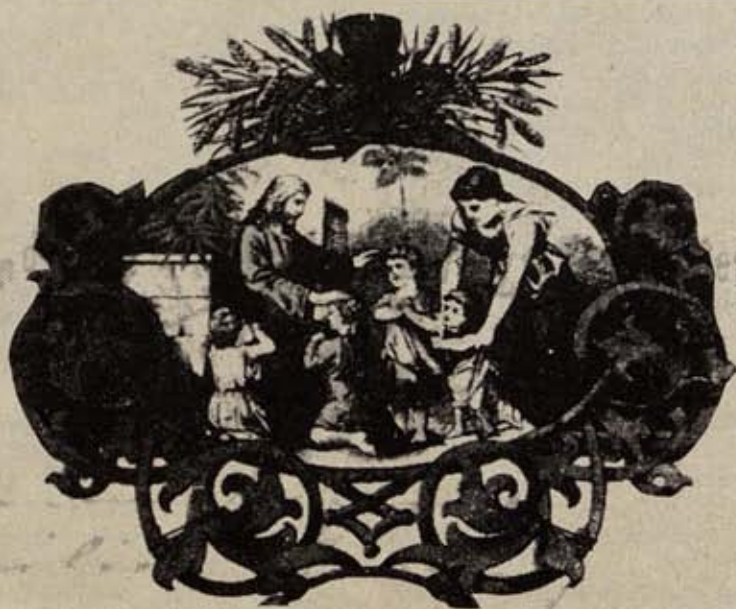
Ilegible, que ha escuchado todo, gruñe, se queja. Hace como si se despertara. Dice con dificultad:

—Quitadme esta mesa.

Lo hacen así. *Ilegible* se incorpora con cuidado.

—¿Pero no estás muerto?— dice su mujer.

—Ya vas a verlo.



Les ha cortado el camino hacia la puerta que cierra otra vez con llave. Después de hacerles comprender que lo ha oído todo, los obliga bajo la amenaza de la pistola a ponerse de espaldas uno junto a otro. Toma una cuerda larga de las cortinas y empieza a atarlos juntos, brazo contra brazo, mano contra mano, pierna con pierna, pie con pie.



—¡Dos duros al que se siente primero! dice, mientras la mujer llora y se lamenta y el amante lo insulta.

A que os gustaba bailar muy arrimaditos—, les dice Ilegible —Vamos a ver como lo hacéis ahora...

Se acerca a un receptor de radio que está sobre una mesita y lo pone en marcha. Busca una música de baile, que suena mientras sigue atándolos por la cintura, etc.

La radio suspende la música para anunciar con voz conmovida que algo por demás extraño está ocurriendo en la ciudad. No se sabe por qué los policías se están suicidando. Lo verdaderamente peregrino del caso es que, por lo que ha podido deducirse hasta el presente, cada uno de los suicidas ha obrado por razones personales, unos por motivos íntimos, otros por disgustos de diversa índole, alguno por deudas de juego, por enfermedad incurable, etc. Ya se llevan recogidos ochenta cuerpos y se teme que los suicidados sean todos los policías de la ciudad, pues los que quedan vivos andan preocupados y cejijuntos. Se recomienda al público que en cuanto vean a un policía procuren desarmarlo y no perderlo de vista para evitar ese fin inexplicable...

Ilegible dice:

—Ya veis que hoy puede hacerse con vosotros lo que se quiera sin temor alguno.

—Lo que se ve es que es usted un policía frustrado... Ni siquiera ha sabido suicidarse.

Ilegible acaba de atarlos, pasando una cuerda alrededor de los cuellos de manera que si uno se quisiera desa-

tar tendría que ahorcar al otro.

—Ahora vamos a ver —dice Ilegible— quién quiere más a quien; cual de los dos se deja matar para que el otro viva.

Mientras la radio toca una música solemne, Ilegible se dispone a marcharse. Se quita la blusa. Recoge sus cosas. Abre la puerta, les dice adiós y la cierra con llave desde fuera.

Se ve entonces cómo el amante trata de desasirse y la ahoga a ella después de algunos metros de posturas grotescas. Pero no logra desasirse y permanece por el suelo atado al cadáver de ella. Esto se ha visto por el ojo de la cerradura. Pero no ha sido Ilegible quien lo ve.

Este último cierra la puerta de la escalera también con llave. Sale a la calle. Ata las llaves a una piedra que encuentra por el suelo y al pasar junto a un buzón que representa las fauces de un león las echa dentro. Se oye como si cayeran rebotando en un pozo o una cueva muy profunda y al final un chasquido como de agua.

Reina en la ciudad una inusitada efervescencia por efecto de lo ocurrido a los policías. Las gentes van y vienen presurosas cuando no forman corrillos que comentan en voz alta lo sucedido. Hay grupos que escuchan las radios de los comercios. Estos por precaución temiendo a los malhechores, tienen medio bajados los cierres. Ilegible camina calle abajo llegando junto a un edificio que parece ser la Jefatura de Policía. Se ve entrar al patio dos ambulancias, y al pasar percibe Ilegible tendidos por tierra innumerables cuerpos de policías.

En vez de detenerse, Ilegible aprieta el paso. Luego de caminar un par de cuadras más, su atención es llamada de pronto por la presencia de una mujer joven, como de unos veinte años, que indiferente a cuanto le rodea se apoya contra una puerta. Tiene un libro grande, como de música, en el brazo izquierdo mientras su mano derecha se sostiene en alto asida de una aldaba. Su actitud abstraída contrasta fuertemente con la agitación de los demás. Ilegible se vuelve, la contempla. De la cabeza de ella se tiene la impresión de que salen unos cuantos rayos que corresponden realmente a un anuncio que está pintado detrás. Conviene que los espectadores más perspicaces sientan que la figura de esa mujer guarda alguna relación con la estatua de la Libertad.

Vuelve Ilegible a pasar delante de la ensimismada. Por fin se decide y la aborda. Hablan bromeando:

—¿Me esperabas?

—Naturalmente.

—¿Hace mucho?

—Todo es posible.

—Desde hace años.

—¿Y por qué no siglos?

—Apuesto a que te llamas Perpetua.

—Pierdes. Sólo me llamo Cadena.

—¿Qué estudias?

—Música.

—¿Celestial? —Anda, vente conmigo, dice Ilegible. Tengo muchísimo que hablar contigo pero ando con prisa...

La toma de la mano y echa a andar de nuevo calle adelante. Poco después los vemos bajarse de un vehículo público que los deja en un parque por el que, caminando, llegan a un bosque. Conversan al andar. El le dice que mañana va a marcharse de la ciudad para siempre. No

sabe a dónde, lo más lejos que pueda. La invita a acompañarle. Ella parece bien dispuesta.

—Contigo sería tal vez capaz de ir al fin del mundo.

Ya bastante dentro del bosque, entre los árboles, se sientan en la hierba. Ella le pide permiso para retirarse un poco entre los matorrales. Enseguida se la ve salir desnuda de medio cuerpo para arriba y sin más velo que un paño en la misma posición que el que tiene la Venus de Milo. Camina con los ojos clavados en el infinito, iluminada de lleno por el sol poniente, como sonámbula, y se detiene delante de él que se ha levantado bruscamente. Tras un instante de perplejidad, Ilegible frunce el ceño. Se diría que está profundamente decepcionado. La insulta, la llama zorra, etc.

—Merecías que te pegara... Todas sois iguales— La ayuda a ponerse el abrigo.

Ella se echa a llorar desconsoladamente. Tan desconsoladamente que Ilegible no tiene más remedio que acercarse a calmarla. La toma de la mano, que acaricia. Trata de bromear diciendo que como siga así se van a ahogar en ese mar de lágrimas. Ve en su muñeca un reloj de pulsera modesto. Le propone que en promesa de amistad cambien sus relojes. Así lo hace. Le pregunta él si vive muy lejos. Ella le contesta que no vive en ninguna parte. El se molesta de nuevo.

Va oscureciendo. Ella le mira a hurtadillas con miradas profundas, incubadoras, como una madre puede mirar a su hijo en los momentos más apasionados de su vida. Empieza a llover. Se ha hecho de noche. Ilegible le propone volver a la ciudad. Ella va desnuda bajo el abrigo. Se apoya en su brazo. El se da cuenta de que a ella le resulta difícil caminar.

¿Qué te pasa, te sientes cansada?— le pregunta.

—No sé, me cuesta andar.

La luz de la luna le da en la cara. Ilegible se extraña, se diría que no es la misma persona. Parece tener diez años más. Vuelve la oscuridad y la marcha se hace más trabajosa. Torna la luna a iluminarla e Ilegible vuelve a encontrarla más vieja. Ha empezado a llover copiosamente. El enciende una cerilla que la lluvia apaga.

—¿Pero qué te sucede?

—Nada, no me siento fuerte.

—Se diría que la oscuridad te sienta mal, que te envejece.

—¿Quién sabe! responde ella. Pero no te apures. ¡De otro lado me siento tan bien contigo!

Enciende él otra cerilla que aproxima al rostro de ella. Le pregunta si la luz le produce algún alivio y ella le dice que sí. Y en efecto, se diría que rejuvenece un poco. Se guarecen bajo un árbol. Se sientan en un tronco. Busca Ilegible algo que prender pero todo en torno suyo está mojado. Saca los papeles de su bolsillo, que enciende. Grita pidiendo auxilio. Nadie responde. Se consumen los papeles. Cuando vuelve a hacer la luz la encuentra mucho más avejentada. Quema cuanto encuentra encima de sí, su documentación, billetes de banco... Ya no le quedan casi cerillas. Ilegible se encuentra en estado casi delirante. Vuelve a hacerse oscuro. La voz de ella suena a cascada.

Cuando se la ve, le faltan dientes. Llega un instante en que su vejez parece extrema.

En este momento, cuando él la tiene entre sus brazos y enciende la última cerilla, ella desfallece y entre sollozos exclama:

—¡Hijo, hijo mío!

Ilegible se siente conmovido profundísimamente. Tiene de súbito la impresión de que aquella mujer que siente extenuarse en sus brazos es su madre, la madre que nunca tuvo y que va a morir... La estrecha contra su corazón, bebe su aliento:

—¡Madre! ¡Madre!

La respiración de la mujer se apaga y poco a poco ex-



pira en los brazos de Ilegible que, al darse cuenta de que está muerta, la deja con cuidado tendida sobre el tronco y se aleja gritando:

—¡Madre! ¡Madre!

Vuelve al poco con una linterna que ha conseguido no muy lejos. En el sitio en que dejó el cuerpo de ella no hay nada. Pero al pie del tronco, al otro lado, ve un saco de trigo como si se hubiera caído, y cuyo contenido desborda por una gran rasgadura... Con muy emocionada naturalidad, Ilegible hince una rodilla y se llena los bolsillos con ese trigo, sin darse cuenta de que mientras tanto, Ella, joven de nuevo, le está mirando detrás de unas ramas, y que cuando echa a andar diciendo para sí: ¡Madre! ¡Madre!, ella camina en pos de él, acompañándole, como un fantasma.

Cumpliendo el propósito de viaje anunciado por Ilegible a la mujer que expiró en sus brazos, se ve a nuestro personaje en el estribo de un tren que sale a pequeña velocidad de una estación. Su traje está cubierto de polvo. Se suceden al borde de la vía varios cartelones con el nombre de la ciudad en letras de a tres palmos: *Villalobos*. Lleva Ilegible en la mano un cepillo de ropa con el que se frota enérgicamente levantando de su vestido una polvareda que casi compite con las bocanadas de humo de la locomotora. Cuando ya no sale más polvo, se cepilla los zapatos. Tira, por último, el cepillo contra uno de los cartelones que dicen *Villalobos*, que suena a lata, y

entra al vagón. Se lava las manos y se acomoda en un compartimento vacío.

Poco después penetra en ese mismo compartimento un viajero algo más viejo que Ilegible, cargado con una maleta flamante, de piel fina: un equipaje de lujo, digno de un pasajero trasatlántico, que contrasta con el porte modesto de quien lo lleva. Este, después de examinar con cuidado el lugar, saluda tímidamente, coloca su maleta en la red y se sienta frente a Ilegible.

Mientras galopan los paisajes por la ventanilla, el viajero de enfrente empieza a dar señales de inquietud. Se desasosiega, se demuda. Parece presa de agudos dolores. Su intranquilidad se hace tan evidente que Ilegible se inquieta. Le pregunta si puede serle útil en alguna cosa. El viajero le dice que no se siente bien, pero que no cree que nadie pueda auxiliarle.

Entablan conversación hasta que el último no puede contenerse, se descompone y empieza a hablar precipitadamente:

—Caballero —le dice—, daría cualquier cosa por que me creyera usted. Ojalá no me tome por loco aunque pueda parecérselo. No tiene usted idea de lo que sucede. Corremos hacia la catástrofe...

Ilegible le contempla con curiosidad no exenta de desconfianza. ¿No será este sujeto un loco que aprovechando la desaparición de la policía, se ha fugado del manicomio? El viajero empieza a referirle su historia:

—Créame. Mi situación es tal que no tardará usted en comprender la necesidad que en estos momentos tengo de desahogarme.

El relato del viajero es acompañado por las imágenes necesarias que entran en la pantalla por un costado, en vista fija, como las imágenes de una linterna mágica.

Dice que él era un empleado modesto de oficina, de una oficina modestísima (*vista fija*). Al pasearse durante la hora del almuerzo por los bulevares, se sentía siempre atraído por los comercios dedicados a los artículos de viaje. Particularmente le llamó un día la atención una maleta de piel finísima detrás de la cual vio una mujer muy bella que le miraba sonriendo (*vista fija*). A la mujer no la volvió a ver más. Pero desde entonces no pasaban 24 horas sin que fuera a contemplar esa maleta con el temor de que hubiera desaparecido. Así ocurrió por fin. Sintió como si su novia le hubiera abandonado para venderse... Pero he aquí que al regresar descorazonado a su modesta pensión y entrar en su cuarto se encontró con que la maleta se encontraba allí, a los pies de su cama... (*vista fija*). ¿Cómo pudo ser esto? ¿Quién se la había enviado? No logró averiguarlo nunca. Un repartidor elegante, con galones, había preguntado por él, por Avendaño, y la había dejado allí...

Al oír el nombre de Avendaño, Ilegible reacciona vivamente. Se acuerda que este nombre es el que escribió maquinalmente la vispera sobre la mesa de su cuarto. Pregunta con visible inquietud:

—¿Usted se llama Avendaño?

—Para servir a usted.

Sigue el viajero contando cómo en la tienda no supieron darle razón... Misterio. La maleta se convirtió desde entonces para él en una obsesiva invitación al viaje. No era capaz de explicarlo bien. A veces le parecía que aquella mujer que había visto junto a esa maleta el primer día le estaba esperando en algún lugar, muy lejos... (*vista fi-*

ja). El caso es que tuvo que ponerse a ahorrar con objeto de poder tomar el tren un día hacia la playa más cercana. Le era indispensable ver el mar. Cuando le fue posible hacerlo, tomó su billete emocionado, como si fuera un viaje de bodas y se acomodó, como hoy, en un compartimento. Pero no mucho después que el tren arrancó empezó a sentirse mal. Creyó en un principio que debía tratarse del mareo. Las molestias arreciaron sin embargo hasta convertirse pronto en dolores, unos dolores cada vez más insoportables que parecían provenir de sus huesos.

—Fíjese si sería fuerte que creí que me moría. Mas de pronto...

Stock shot de un violentísimo descarrilamiento de tren con el estruendo propio del caso. Sigue contando Avendaño que por fortuna, tanto él como su maleta resultaron ilesos y los dolores se le quitaron al instante. Prefirió volverse a Villalobos por donde había venido sin experimentar malestar alguno.

En cuanto se le olvidó un poco el desagradable percance no tuvo más remedio que ponerse de nuevo a ahorrar. La maleta significaba para él la presencia de algo indeciblemente maravilloso... Cada vez que la abría parecía salir de ella una música que le transportaba y un aroma como de frutas tropicales maduras. Por fin se volvió a poner en viaje no sin cierta aprensión. Desgraciadamente se repitió todo, los dolores inexplicables y rabiosos, como de quién sabe qué género de parto, para terminar en el choque de Tavira. *Vista fija* instantánea representando el choque de dos trenes con las locomotoras empujadas una sobre otra. Sobre esta imagen, se oye la voz de Ilegible que comenta:

—Ocurrido el 18 de julio de 1936. Lo recuerdo perfectamente porque yo debía haber tomado ese tren y a última hora lo perdí por un feliz descuido.

—¿Usted debía haber tomado ese tren?, dice intrigado Avendaño.

—Así es en efecto.

—Pues de buena se libró. No quedó un viajero sano.

El caso es que nuevamente él salió ileso del terrible percance y que el viaje actual es el tercero y que se están repitiendo los dolores precursores. El viajero pide auxilio a Ilegible mientras continúa retorciéndose.

—Sálveme usted. Explíqueme qué clase de cruel hado me persigue. ¿Por qué promesas tan bellas se me transforman en estos horribles cataclismos? ¿Soy yo acaso el que causa los accidentes o mi presencia en ellos obedece a otras razones que ignoro? Sálveme. Dígame que me cree, que tiene compasión de mí. Tireme usted a la vía, quizás se evitará de este modo la catástrofe espantosa, aun mayor que las dos primeras a juzgar por los dolores que son esta vez más fuertes aún que las pasadas.

Ilegible trata, por una parte, de calmarlo. Pero a ratos cree que está siendo víctima de una broma pesada, en caso de que no se trate en realidad de un loco. A veces le contesta con desconfianza, con acritud. Además ya es demasiado lo que, suceso tras suceso, le está pasando desde la vispera. Creía estar poniéndose a salvo y he aquí que lo arbitrario se ceba sobre él de nuevo. Acabará por volverse loco, porque la verdad es que no hay nervios que resistan.

Avendaño no se da por vencido e insiste con apremio cada vez mayor. En su angustia Ilegible piensa que quizá en esa maleta misteriosa se encuentre alguna explicación

acerca del viajero y de sus extrañas historias. Le pide a Avendaño que le permita examinar la maleta por dentro, ver su contenido. Este se niega: ¿qué objeto tiene eso? Ilegible insiste y Avendaño no cede. Su negación exaspera a Ilegible que da señales de hallarse cada vez más nervioso. Avendaño previene a Ilegible de la inminencia de la catástrofe, lo siente en la magnitud de sus dolores. Ilegible



gible no puede contenerse y él mismo toma la maleta y la baja de la red. Avendaño se le echa encima como un energúmeno. ¿Celos? Entablan una lucha violenta, en la que trata incluso de morder a Ilegible. Ruedan abrazados por el suelo y forcejean, encontrándose así estrechísimamente ligados cuando sobreviene la catástrofe desastrosa. Se despeña el tren hasta el fondo de un barranco. Por sobre los restos destrozados y humeantes de los vagones se ve rodar la maleta que al detenerse se abre, saliendo de ella una paloma que se aleja volando. La maleta es abrasada por el fuego ante los ojos impotentes de Ilegible y de Avendaño que han salido por entre las astillas y los hierros retorcidos milagrosamente ilesos.

Se oyen, en cambio, ayes y gritos desgarradores pidiendo auxilio que nadie se encuentra en disposición de prestar. Se ven miembros destrozados y separados de sus cuerpos, charcos de sangre, etc. A los dos supervivientes alejarse del lugar de la catástrofe y dirigirse hacia una ladera situada al frente. Avendaño va un poco conmocionado. Ilegible le ayuda a caminar, pasando un brazo de aquél en torno de su cuello. Le pregunta si no se siente muy mal. Avendaño le contesta:

—No es nada. Estoy un poco atontado pero creo que se pasará enseguida.

Después de una pausa, mientras van andando, comenta Ilegible:

—¿Con que ésta es la tercera vez?

—¿No se lo decía yo a usted?

—Y esa paloma, ¿para qué llevaba usted esa paloma?

—Pero si yo no la había puesto allí. Yo no había guardado sino un poco de ropa blanca interior...

Se han sentado sobre el césped. Avendaño, que al principio estaba recostado, acaba por tenderse. Ilegible lo ve con los ojos cerrados, pálido... ¿Tal vez un síncope? Se interesa por él: ¿con su agresión no le ha salvado probablemente la vida? Le dirige la palabra y no contesta. Le sacude la mano, le da aire. Le toma el pulso. Parece que no lo encuentra. Lo sacude un poco más fuerte. En vano. Por fin acerca su oído al corazón de Avendaño. Debe oír algo inusitado... En efecto, se oyen amplificados los latidos del corazón como impactos de ametralladora. Luego el estruendo de una batalla violenta. Vuelve a quedarse sola la ametralladora cuyos disparos se sujetan a un ritmo imprevisto que no tarda en identificarse con el del telégrafo Morse. Tac, tac-tac-tac - tac-tac, etc.

Saca Ilegible un lápiz, un papel y empieza a registrar los sonidos alfabéticamente. Se le ve cómo escribe:

"Por fin se acerca la hora tanto tiempo esperada... Ya la otra orilla empieza a formar la huella del pie futuro en la arena... Pronto, pronto... Si no, llegarás tarde a la creación del mundo"...

—¿A quién te diriges? —dice Ilegible.

—"A ti que me escuchas", —responde el Morse.

—Pero ¿quién soy yo?

—"¿Tú? Pues quién vas a ser. Ilegible... hijo de Flautista..."

No se oye más. El corazón recobra su ritmo normal ante la perplejidad de Ilegible. El semblante de Avendaño tiende a normalizarse. Ilegible lo incorpora, lo apoya contra el tronco de un árbol. Hecho esto, Ilegible se pone a pasear yendo y viniendo con las manos cogidas tras de la espalda y presa de violenta agitación. De los restos del tren se ve salir de pronto una forma humana que se pone en movimiento y se dirige hacia ellos. Se trata de un personaje extraño. Es jorobado y parece que sus miembros no casan bien unos con otros, hasta el punto de que Ilegible, deteniéndose al dar una vuelta, tiene la impresión absurda de que tal vez acaba de formarse allí con los restos de varias personas destrozadas. Se caracteriza ese personaje por llevar varios aparatos: un Sonotone último modelo; un Walkie-Talkie, último modelo también, con una antena que pasa por encima de su cabeza; una pierna ortopédica de primera calidad que deja ver a través de su pantalón destrozado. Mientras va andando hace funcionar su Walkie-Talkie:

—Allo, allo... El accidente se ha producido en el lugar previsible. Llegaré como lo convenido pasado mañana al mediodía... Espero que todo está preparado a bordo de manera que podamos zarpar inmediatamente...

—¿Se ha fijado usted qué personaje más extraño? —dice Avendaño.

—Sí. He tenido la impresión absurda de que se debía haber formado en estos momentos con los restos de varias personas muertas en el accidente. Pero es que ya estoy medio loco... —responde Ilegible que sigue paseándose.

El extraño personaje acaba por llegar junto a ellos.

—Hola, compañeros —les dice campechanamente. —Se diría que están ustedes un poco preocupados. ¿Les ha sucedido alguna desgracia?

—Hola —responde Ilegible secamente sin dejar de dar vueltas.

—¿Tienen ustedes alguna idea sobre el modo de salir de aquí?

—Ni la más remota —responde Avendaño.

El recién llegado toma del suelo el papel que había escrito Ilegible al descifrar los signos del Morse y lo inspecciona con curiosidad. Pregunta:

—¿Cuál de ustedes es *Ilegible hijo de Flauta*?

—Servidor —contesta Ilegible después de vacilar un rato.

—¿Y por qué le llaman a usted de esa manera?

—¿Le interesa a usted mucho saberlo? —responde Ilegible amoscado.

—¿Cómo no? Muchísimo.

Ilegible vacila de nuevo. En el estado de excitación que se encuentra se le ve a punto de mandarlo a paseo. Pero, por fin, explica:

—Porque nací inclusero, ¿me entiende usted? Cuando mis condiscípulos en la Universidad se dieron cuenta, para significar que mi nombre no era conocido, es decir, que en realidad no tenía nombre, me llamaron Ilegible. Uno, para ofenderme, me llamó aviesamente en otra ocasión "hijo de Flauta"... De ahí ese nombre.

—¿Y por eso se apura? ¿Porque no tiene madre?... Bah... ¿Qué diría si yo le confesase que me acabo de formar aquí con los restos de varios pasajeros que se han juntado en un cuerpo solo? No me creería ¿verdad? ¿Y si le dijera que me llamo Carrillo Izquierdo?...

—¿Cómo dice? —le interrumpe Ilegible agresivo, parándose delante de él.

—Carrillo Izquierdo...

Sin poderse contener, Ilegible le suelta una tremenda bofetada. El recién llegado le mira con ojos furibundos y se echa la mano al bolsillo posterior del pantalón. Avendaño se pone de pie de un salto para contener a Carrillo. Le dice:

—Excúsele usted, está demasiado excitado...

Carrillo saca, no un revolver, sino un vibrador de masaje y se frota con él la mejilla golpeada diciendo:

—No tiene importancia...

—¿Y qué lleva usted ahí? —le pregunta Ilegible sin dejar su actitud agresiva, señalando la joroba de Carrillo.

—¿Qué quiere usted que lleve? Los acumuladores... Pero, en fin, dejemos esto. ¿A dónde iban ustedes?

—Ibamos a la catástrofe y ya hemos llegado —responde Avendaño.

—En ese caso ¿por qué no vienen conmigo? Vamos por lo pronto andando.

Dominados por la sangre fría y el ademán autoritario de Carrillo, entran los tres a caminar. Llegan a la carretera. Mientras avanzan cuesta arriba, Carrillo da a conocer a sus acompañantes cierto proyecto que tiene en marcha. No muy lejos de allí le espera un pequeño barco de vela de su propiedad con una tripulación de cuatro hombres. Todo listo, se encuentra en el puerto de Finisterre dispuesto a zarpar en cuanto llegue él a bordo. Existen a su juicio algunos problemas esenciales correspondientes a la condición social del hombre que no pueden hallar solución en las regiones superpobladas de nuestro mundo contemporáneo.

Mientras conversan y caminan ven que por la carretera viene hacia ellos en sentido contrario al suyo un individuo de aspecto pueblerino, de figura y traje peculiares,

con una bota de vino terciada sobre el pecho, el cual camina arreando a un cerdo. Se saludan, ellos y él al pasar, Carrillo con cierta campechanía:

—Vaya usted con Dios, buen hombre.

Continúan conversando: "Como les digo, convencido de que tales problemas no ofrecen solución, he concebido la idea de salir en busca de un lugar apropiado, de una isla como la que ha venido dando qué hablar desde tiempos inmemoriales, esa isla esquivo a los marineros, dotada al parecer de vida propia, que anda de aquí para allá en los océanos por lo que resulta invisible y que tal vez se sumerge como una ballena."

Mientras charlan, vuelven a cruzarse en su camino con otro hombre idéntico al anterior, tras un chanco, éste un poco mayor que el precedente. Vuelven a saludarse con él, ahora en términos más cordiales:

—Adiós, amigo. ¿Todos bien por casa?

Carrillo continúa perorando sobre su isla: "Allí, dice, en esa flotante y movable dimensión, en ese espacio virgen es donde la realidad que tanto se desea pudiera concebirse... Es preciso hacerse el encontradizo, convertirse en cebo para que la isla venga por propia iniciativa al abordaje". Cuenta que ya ha tenido algunos atisbos y experiencias promisorias aunque no llegaron a cuajar por diversos inconvenientes.

Mas he aquí que en su caminata vuelven a toparse con un individuo indiferenciable de los anteriores, los mismos boina y bigote, la misma bota, el mismo cerdo, aunque éste sea un tanto mayor. Se saludan con él en tono aún más expresivo y agitando las manos en signo de contentamiento.

—Salud, amigo. Me alegra verle de tan buen semblante. Qué, ¿va usted al mercado?

Prosigue su tema Carrillo que lo enfoca ahora directamente a su propósito. Incita a sus dos acompañantes a que se sumen a la expedición. Como ninguno de los dos tienen, según expresan, nada que los ate a este mundo, no tardan en aceptar su ofrecimiento complacidos.

Mas he aquí que en cierto recodo de su avance llega a sus oídos una melodía de flauta que se detienen a escuchar. No ven a nadie a la redonda. Carrillo le pregunta a Ilegible:

—¿No me dijo usted que le llamaban hijo de flauta? ¿No será su madre que le está recordando?

Ilegible lo mira enigmáticamente. Le tiemblan los labios no se sabe si reprimiendo una interjección grosera o simplemente conmovido.

—¡Mirad quién viene por allá! —interrumpe Avendaño.

En efecto, por la carretera se acerca de nuevo un individuo idéntico a los anteriores: los mismos rasgos y vestimenta; la misma bota, y arreando un chanco en forma semejante, aunque éste sea mayor y más grueso. El nuevo encuentro da ocasión a efusiones calurosas como si se tratase de un amigo de siempre pero al que no se ha visto hace mucho. Carrillo le abraza y palmea:

—¿Cómo te va, viejo? Cuánto tiempo sin verte. No has cambiado nada desde la última vez que nos vimos. ¿Qué tal las cosechas? Te debe ir bien a juzgar por lo gordo que está tu puerco. ¿Por qué no nos das a probar el clarete de tu bota?

Mientras Carrillo empina la bota, el viandante se abraza con los demás y dice a todos:

—¿No os tienta probar un trocito de queso? Lo hace la

Eduvigis que para esto, como para todo lo demás, tiene manitas de mariposa.

—¡Excelente! ¡Delicioso! ¡Riquísimo!, comentan, echando un trago.

Enseguida se despiden porque el viandante dice andar con mucha prisa.

—¡Hasta más ver! (Vuelven a abrazarse efusivamente.) No te olvides de reservarme unas morcillas de este angelito, que han de ser especiales —le grita Carrillo.

Caminando de nuevo, Carrillo felicita a sus acompañantes por su acertada decisión de participar en su travesía aventura que se anuncia bajo los mejores signos. Cree que son un cebo de primer orden en cuanto supervivientes de una catástrofe como la pasada. Con su Walkie-Talkie entra de nuevo en comunicación con su gente para anunciarles que llegará con dos amigos.

Mas al hacerlo e intentar rascarse, Carrillo nota la ausencia de su cartera, se palpa.

—Oye... Me ha desaparecido la cartera... ¡Sí, me han birlado la cartera! No llevaba nada de mucho valor. Pero de todos modos no deja de ser una indecente falta de respeto.

Al palparse los otros como temiendo que pudiera haberles ocurrido lo mismo, Ilegible encuentra en su bolsillo, con las exclamaciones del caso, una cartera que antes no tenía. ¿No será la de Carrillo e irá éste a acusarle de ser el autor del robo?

—No, en modo alguno —le dice Carrillo—. La mía era de color negro.

Al registrarla, Ilegible encuentra el retrato de un niño de pocos meses; una carta firmada "Manolo", de treinta años de fecha, dirigida a "Leticia mía" y un trozo de tarjeta cortada en forma de contrasena irregular con unas palabras cuyo sentido no se entiende puesto que falta su trozo complementario.

—¿Quién sería este tío? —pregunta Carrillo al tiempo que los tres rebuscan al individuo en el paisaje. Se ha esfumado. Ilegible no oculta su preocupación. Al fin se guarda la cartera. Se los ve de espaldas reanudar su marcha cuetarriba, al tiempo que vuelve a escucharse la flauta, viéndose ahora que su ejecutante es un pastor mozo que cuida un rebaño de corderos, de manera algo parecida a como se representa al Buen Pastor en el mosaico de la tumba de Gala Placidia en Ravena, pero en forma tan natural que sólo podría algún espectador que más de una vez haya visto el film, sospechar la coincidencia.

Se los ve a Ilegible, Avendaño y Carrillo en la calle de una población costera. La decoran diversos efectos de marinería, cordajes, redes, algún ancla, rótulos de comercio alusivos: "Vespucio hermanos", "Al Paraíso de las Islas Vírgenes". Andan de comprillas a última hora. Avendaño se detiene embobado ante la vitrina de un bazar donde se exponen varias maletas. Al instarle a que prosiga, Carrillo descubre en el escaparate una gorra monumental con galones que sorbe su atención. Mientras comenta lo "prepotente" de tamaño casco de contralmirante o del generalísimo, se le acerca una gitana vieja.

—¿Te la digo, resalao? —Insiste tanto que para quitársela de encima Carrillo se deja decir la buenaventura. Le afirma la gitana que tiene manos de masajista — "gachó qué manos" — medio de fierro dulce, medio de seda constipada, y que está llamado a dirigir el destino de

gentes muy importantes. Lo ve con un gran gorro en la cabeza, como de arzobispo o de "emperaor"...

Entran en el bazar y mientras Carrillo se compra el casco o gorra superlativa del escaparate, Ilegible adquiere una flauta muy sencilla. Ya en la calle se les une Avendaño que lleva en la mano una maceta o tiesto con una planta florida. Cuando Carrillo le pregunta que para qué



lleva ese impedimento a bordo, Avendaño responde evasivamente:

—Ahí me la regalaron.

Entran en un restaurant.

Pocas horas después se dirigen los tres amigos hacia el muelle en un cochecillo tirado por un caballo. Los detiene en el camino una contienda multitudinaria entre gitanos acampados no lejos de la carretera. Se ha armado la gran batalla. Han salido las navajas a relucir y hasta alguna pistola. Se ven mujeres desgredadas que pelean entre sí; hombres con la Faja medio suelta; borrachos; algún caído en tierra. Viene corriendo un sacerdote a guarecerse tras el carruaje junto a Carrillo. Les cuenta el cura que se habían reunido varias tribus de gitanos para celebrar el bautizo del hijo de una de las familias. Mas he aquí que a dos o tres mozos de mala sangre, a quienes se les había subido el vino antes de tiempo, se les ocurrió que lo más indicado para celebrar tan fausto acontecimiento, era comerse por anticipado a la criatura; así como suena, *comerse la criatura*, tan blandita, tan lechoncita. ¡Imagínense ustedes!... Han rebrotado los odios ancestrales, retenidos durante generaciones.

Se ve a la que pudiera ser la madre de la criatura que se retuerce y desgañita. Otro gitano trata de guarecer a un niño en una de las tiendas. A más y mejor prosigue la marimorena. La gitana que le había dicho a Carrillo la buenaventura se les acerca invectivando al clérigo. La culpa la tiene el cura, es gafe. Les ha echado el mal de ojo. No se sabe de dónde viene un vaso volando a estrellarse en la cabeza de la gitana. Cae ésta al suelo a los pies del cochero, junto a Carrillo que tiene su gorra puesta.

Mientras tanto éste le apura al auriga para que escape al galope, llevándose protegido al cura, se ve a la gitana caída levantar el puño contra Carrillo diciendo:

—En este mundo y en el otro me las has de pagar. Por éstas que me las pagarás. Cara de mulo... Escarabajo...

Se los ve a los tres subir al barco, Carrillo bajo su gorra de galones y una valijita que ha recogido en el pueblo se desprende de su Walkie-Talkie y otros aparatos que llevaba consigo. Ya no sirven sino de estorbo, dice, al tiempo que los arroja por la borda y aconseja a sus compañeros que hagan otro tanto para el desarrollo de los bacalaos. Avendaño defiende valerosamente su maceta.

Es el suyo un barco de vela de dos palos y de unos veinte o veinticinco metros de eslora. La tripulación se compone de cuatro marineros, unos en mangas de camisa, otros medio desnudos, todos descalzos y bien curtidados por el sol. Pronto a los afeitados se los ve con barbas de tres o cuatro días.

Valido de su imponente gorra, Carrillo se ha declarado dictador con la autoridad que le presta, además de sentirse ser propietario, la predicción de la gitana. Va y viene con su catalejo, obligándolos a cuadrarse ante él y a hacer ejercicios gimnásticos para mantenerlos en forma, trepando a los mástiles "como un solo hombre". A Avendaño que ha amarrado su maceta florida en la punta del palo mayor, se lo ve encaramarse a veces llevando un buchecito de agua para regarla.

Para Carrillo cuyo ideal parece ser convertir su velero en una especie de convento laico, los expedicionarios han de entregarse a la vez que a los ejercicios físicos a los morales que, mediante el ascetismo e inclusive la mortificación, conduzca al éxito de su desorbitada empresa. No obstante su figura contrahecha, Carrillo manifiesta ser más fuerte que los demás, de manera que ayudado por el grumete de su confianza, se impone a los demás, obedientes como doctrinos. —¿No os dais cuenta de que valgo, no por cinco, sino por un regimiento?"

En ocasiones se los ve pescar, nadar... Y también jugar a los naipes, a las tabas, cuando no pelan papas o leen relatos medievales. Lo interesante en los juegos no es ganar las partidas, sino no perderlas, porque al "perdulario" se le impone una penalidad desapacible. Pero Carrillo no pierde nunca. Mientras los otros han de sumar los puntos correctamente, él se entrega a notables malabarismos con la aritmética: "Dos y tres son siete, y ocho veinticinco". Gana, impone penitencias y larga grandes discursos.

Con el mismo propósito de mantenerlos bien entrenados los hace saltar a la cuerda durante horas, haciéndose sarcásticamente el chistoso:

—Amigos, hay que darle cuerda al barco, no se nos vaya a parar en medio del océano. Hay que tener los músculos afilados como cuchillos para el gran combate de fondo que se nos viene encima. Hay que hacerse dignos...

Una de las penitencias más penosas y groseras consiste en cascar nueces para la cena a golpes de nalga sobre el banco —"tres nueces, diez nueces"—, con los consiguietes tronidos. Las muecas de dolor de cada castigado, le regocijan a Carrillo quien con su muslo de palo se complace —"qué cosa más sencilla"— en mostrarles cómo.

manifiesta que la navegación dura ya algunas semanas, se siente de pronto un empellón submarino bajo el casco del *Favorables*. Se miran unos a otros inquisitivamente expresando un marinero el sentir de todos:

—Jefe, ¿no será esta tu famosa isla?

—Cosas más raras se han visto— contesta el aludido.

El grumete de vigía convoca a toda la tripulación. A no mucha distancia del barco se ve emerger poco a poco un objeto, tal vez la aleta de un pez enorme. Mas pronto se llega a ver que se trata del lomo de un submarino que emerge. Terminada la maniobra y cuando ya la dotación entera del sumergible forma en cubierta, empuña su comandante la bocina para gritar estentóreamente a los cuatro horizontes:

—¡Tomen Coca-Cola. Coca-Cola bien fría!...

—¡Por la de la puta madre que te parió! —le responde uno de los marineros.

Conjurados todos los tripulantes contra el despotismo de Carrillo que los mantiene subyugados como bajo embrujo, se reúnen siguiendo el consejo de Avendaño y de uno de los marinos en torno de una mesa a fin de llevar a cabo, mientras Carrillo descansa, una sesión evocatoria de carácter mágico-espiritista. Intentan obtener la intervención de nadie menos que Napoleón Bonaparte, mediante grandes frases, para que les instruya cómo sacudirse la tiranía de Carrillo.

—Napoleón Primero, ven como un león verdadero.

—Napoleón segundo, ven a poner de vuelta y media al mundo.

—Napoleón Tercero, meriéndate a este tío de mal agüero.

De pronto ve aparecer a Napoleón con su tocado característico y sus manos atrás y adelante. Pero de tamaño diminuto. Es un Napoleón pulgarcito de unas tres pulgadas de altura que va y viene ratonilmente de punta a punta de la mesa. Habla y camina; habla y camina; habla y camina... Apenas se entiende que le obseden las noches de Santa Helena y que se propone armar una de las de aquí arda la de Troya.

Hasta que el cabo de un rato, el cocinero de a bordo ya no aguanta más y lo aplasta con una especie de gran espumadera diciendo:

—Cállate, abejorro.

Y lo arroja al mar por una de las troneras.

No mucho después, estando el mar algo picado y viéndose en el cielo unos espesos nubarrones cuya negrura comenta con inquietud alguno de los marinos, otro de ellos vocea por dos veces desde lo alto de un mástil. No se entiende bien lo que dice. Les parece oír "¡Tierra a babor!", pero lo que grita tal vez sea "¡Ella a babor!"

Todos se inquietan. Nadie percibe nada, pero vuelven a pensar que lo que ve el vigía pudiera ser la famosa isla que andan buscando.

Nada se divisa por más que Carrillo explora a derecha e izquierda las distancias con su anteojo. Por fin consiguen ver flotar no muy lejos del barco el cuerpo núbil y desnudo de una mujer al parecer muy hermosa. Emergen sus senos perfectos de las aguas que la rodean de espumas. Tiene los ojos cerrados y los labios encendidos, aunque no se mueve ni da señales de vida...

—¿No será esta la isla?, —dice uno de los marineros.

—¡Quién sabe! —responde Carrillo quizá en broma—. Mas por lo pronto te apuesto un huevo duro, o si quieres los dos a que no es América.

Deciden subirla a bordo. La joven es idéntica a la mujer que murió en los brazos de Ilegible, posiblemente es la misma. Quizá la misma por la que se suicidó el policía del principio, la misma que vio Avendaño un día detrás de la maleta.

—Que nadie la toque —decide Carrillo.

—¿Desde cuándo le pertenece? —protesta Avendaño.

Los siete la contemplan conturbados, cada cual a su manera. Su desnudez los intranquiliza. No comprenden cómo puede hallarse allí. Por fin la recogen mediante una red y la depositan con cuidado sobre cubierta. Ilegible está sumamente impresionado, conmovido. Se queda un poco al margen del grupo y pónese de nuevo a tocar la flauta muy quedito, como para sí.

Como el mar está un poco picado y empieza a hacerse de noche, optan por entrar a la joven a la sala de la tripulación. La llevan entre varios sirviéndose de la red y la colocan en la mesa del centro. Se les ve indecisos, casi molestos, sin saber qué partido tomar. Fuman, beben, discuten. Lo cierto es que nadie sabe si está realmente ahogada o si está viva. Uno afirma que la ha visto respirar, mientras que otros aseguran que se trata del oleaje. Se forman dos bandos: el de los que pretenden que está viva y el de los que sostienen que está muerta. Si se pudiera tocarla... pero está terminantemente prohibido.

Ilegible sigue en su rincón tocando la flauta. Pronto uno de los marineros empieza a tararear maquinalmente la melodía. Avendaño hace lo propio a continuación y uno tras otro van entrando en el coro que no tarda en tomar cuerpo. La canción que entonan es grave y conmovedora. Es un himno en canto llano que resuena profundamente mientras se oye el ruido de la tempestad que se ha desencadenado fuera y que parece servirles de acompañamiento.

Hay galerna. El movimiento del barco es fortísimo. Las cosas se mueven, se caen. Las lámparas se balancean. Sólo la mujer permanece como atornillada a la mesa sin moverse con los bandazos. Cruje de modo alarmante el maderamen. El grumete de guardia, que ha entrado de cuando en cuando a la habitación para advertir que la situación se hace inquietante, grita ahora con aspavientos de terror, que el mástil se ha quebrado y que la situación parece gravísima. Avendaño se acerca a los pies de la joven y con lágrimas en los ojos se dirige a ella en voz baja y conmovida:

—Te he reconocido desde el primer momento... Creía que ibas a sonreírme como aquella vez al conjuro de mi flor. Dicen que estás muerta... ¿Qué saben ellos?... Pero es lo mismo, porque voy a infundirte mi vida... a reunirme contigo para siempre...

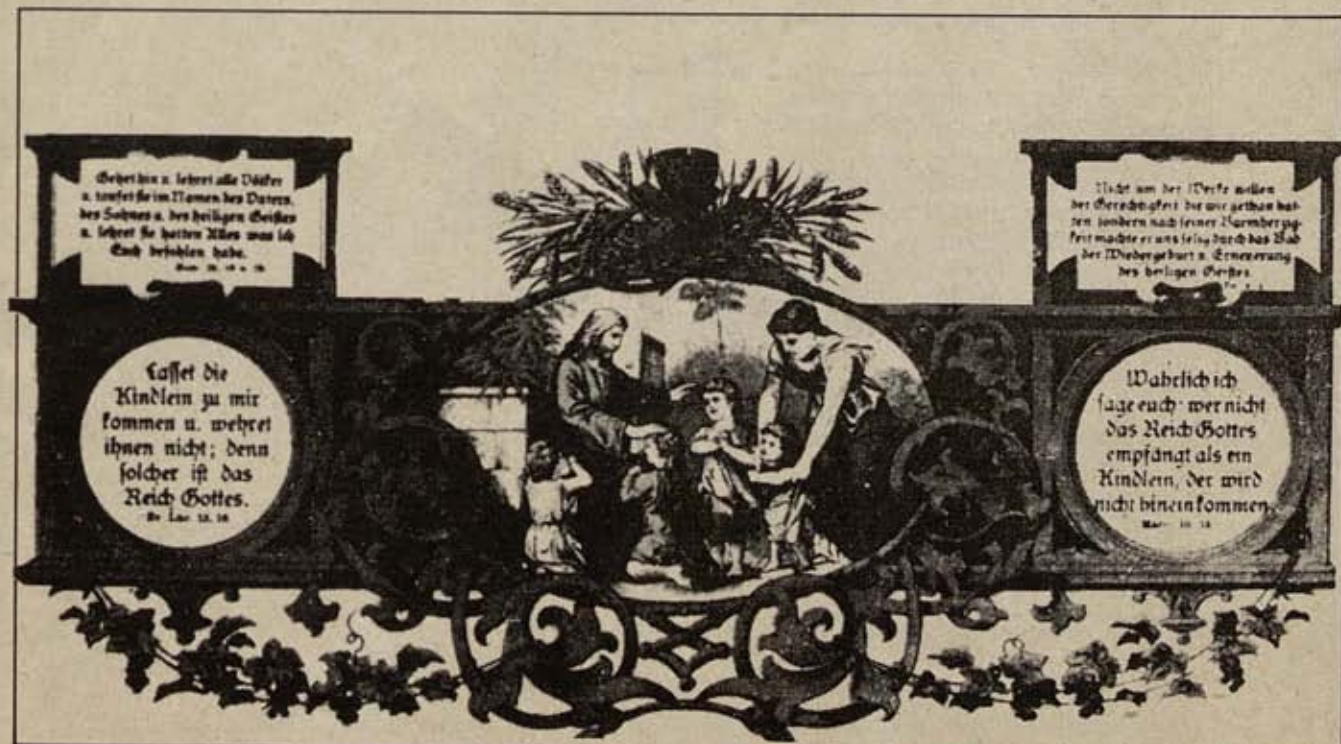
Se le ve a Avendaño sacar una pistola del saco de Carrillo, colgado de un clavo. En ese momento se le oye a Carrillo, que ha debido estar discutiendo, decir con voz estentórea al tiempo que se golpea el pecho con la palma de la mano:

—¡Yo, yo, YO!...

Simultáneamente se oye una detonación. Se diría que Avendaño se ha disparado un tiro en la sien.

En ese momento todo se viene abajo como si el barco hubiera chocado contra un escollo. La confusión es indescriptible. A Carrillo se le cae la gorra. Se apagan casi todas las luces y hasta el cuerpo de la mujer resbala al suelo. Ilegible, que ha rodado a un rincón, se encuentra de pronto junto al cuerpo desnudo de la joven. Esta lo enlaza y lo besa profundamente en la boca. El abre las manos de las que salen puñados de plumas blancas mientras el agua irrumpe espumosamente y anega la habitación.

(Concluirá en el próximo número)



**Guillermo
Sucre**

La vastedad

(fragmentos)

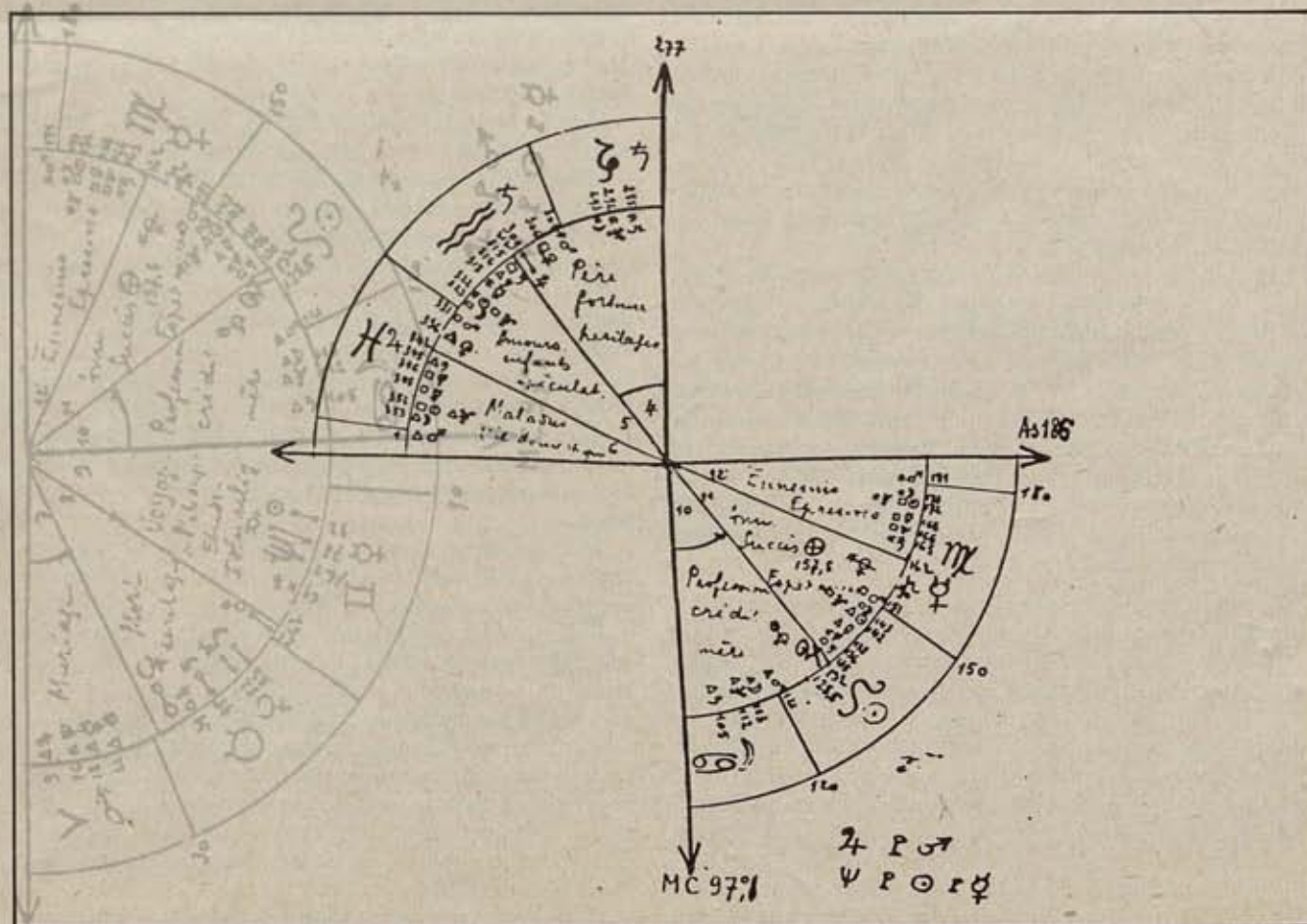
escribo con palabras que tienen sombra pero no dan
sombra
apenas empiezo esta página la va quemando el insomnio
no las palabras sino lo que consuman es lo que va ocupando la realidad—
el lugar sin lugar
la agonía el juego la ilusión de estar en el mundo
la ilusión no es lo que hace la realidad sino la ráfaga escindida—
simulacros donde ocurren las ceremonias
intercambios
del fulgor del vacío del deseo
ya no hay sitio para la escritura porque ella es el
sitio mismo— de lo que se borra
no descubrimos el mundo lo describimos en su *terca*
elusión
ya no volveré al mar pero el mar vive en esa ausencia
que es el mar cuando la palabra lo dice
y se derrama sobre la página como una mano
ya no estaré en el bosque sino en la hoja que escribo
y entreveo su ramaje pasa el viento
ya no habrá más verano sino ese sol que devora a la
memoria
y viene la gran noche de la arena que cubre los ojos
y sólo podemos leer lo que no está escrito
la memoria no perfecciona el pasado sino la soledad
del pasado
pero la memoria no es una soledad
llueve y en la casa la secreta intemperie penetra
los espejos los retratos
se despliega la mesa y la dama ritual inicia
la lentitud
la largueza de lo escaso
hemos visto la nitidez del cielo venimos del sol
vertiginoso
y el río ha estado a nuestras manos
los muros están dando la yedra escribe la paciencia
y las manchas la humedad son apenas
el tiempo de otro lenguaje
el patio existe por el traspaso donde la higuera
sólo sola alude al silencio de la tarde
llega la noche de los árboles una puerta no se abre
o se cierra
ni salimos
ni entramos
detenidos rodeados
en ese follaje de ojos
no somos recuerdos sino esa red que nos desteje
sino
ese libro que vamos desleyendo siempre en las mismas
páginas marcadas.

rior. No aspira tanto a repudiar el absolutismo ideológico de la Iglesia como a exterminar de una vez por todas cualquier competencia al poder absoluto del soberano instituido. Para Hobbes, tal como en la antigua Roma o en la Inglaterra de Enrique VIII e Isabel, el Príncipe político debe disfrutar también de la máxima investidura religiosa y ser cabeza de sus súbditos no menos en lo celestial que en lo terreno, pues en otro caso su autoridad estaría permanentemente amenazada por una posible subversión a lo divino.

Pero hay un punto en el cual Thomas Hobbes es inequívocamente revolucionario, hasta el punto de que no es erróneo considerarle adelantado de todo pensamiento emancipador moderno. Se trata, claro está, de su decidido e inequívoco *artificialismo político*. Hobbes rompe abiertamente con cualquier justificación teológica, natural o tradicional del Poder civil. Enlaza de este modo con la tradición ilustrada griega de Protágoras y Demócrito, ahogada por siglos de trascendentalismo cristiano. No hay otra soberanía que la que proviene de un pacto entre los hombres según su mutua conveniencia y mutuo deseo de seguridad y prosperidad; este pacto es un producto esencialmente artificial, *artístico*, una explícita ruptura con la dependencia involuntaria de fuerzas divinas o cósmicas. La sociedad se convierte así en una gran herramienta cuya institución recae directa y totalmente sobre la voluntad común de los hombres, apoyada en una argumentación racional según criterios utilitarios. Sin duda éste es el pensamiento revolucionario por excelencia, motor último —mejor o peor arropado con justifica-

ciones teóricas— que ha impulsado todas las sublevaciones modernas; si alguna esperanza queda de una revolución que acabe con la política, es decir, con la separación del poder, y que devuelva a los hombres lo que les hace temibles —su autogobierno— y la posibilidad de institucionalizar una comunidad autogestionada, sin Guerra ni Paz, también de este pensamiento radical hay que derivarla, no de ningún retorno teológico (la Ley monoteísta) ni de ninguna concesión a formas confusas de paleo-naturalismo. Hobbes resumía su ideario en esta frase programática: *Let us make man*. El hombre no es algo dado definitivamente, ni nacido libre un día y cargado luego de cadenas, sino un proyecto en cuya fabricación plenamente artificial, deliberada y voluntaria, están las almas rebeldes inacabablemente comprometidas. Creación llena de júbilo y de culpabilidad, de resignación, de tragedia y de coraje, cuyo resultado ha de parecerse a aquel castillo inmenso que aparece en el *Jacques le Fataliste* de Diderot y en cuyo frontispicio había escrito: *Je n'appartiens à personne, et j'appartiens à tout le monde; vous y étiez avant que d' y entrer, vous y serrez encore, quand vous en sortirez*.

N.B. - El lector cuenta en castellano con una antología de *Del Ciudadano y Leviatán* (Madrid, Tecnos, 1976), traducida por M. Sánchez Sarto y prolongada por Enrique Tierno Galván. Más recientemente, ha aparecido una versión completa de *Leviatán* (Ed. Nacional, Madrid, 1979) en esforzada traducción de Antonio Escohotado y con un excelente estudio preliminar de Carlos Moya.



Juan Larrea
y Luis Buñuel

Ilegible, hijo de flauta

(concluye)

Una playa desierta. Se ve en ella a Ilegible tirado, vestido como al principio, pero con los pies descalzos. Se ha de tener la impresión de que acaba de ocurrir el naufragio. Empieza a volver en sí. Se sienta. Se adivina que ordena sus recuerdos. Contempla a su alrededor. Otea al horizonte que está vacío. Mira su reloj, está parado. Le da cuerda. Levanta instintivamente los ojos hacia el sol que brilla en el cenit. La luz cae tan vertical que su cuerpo y los objetos que le rodean no hacen sombra. En vista de lo cual pone su reloj a las 12. Grita, con sus manos a manera de bocina, pero nadie le responde.

No lejos del lugar hasta donde llegan las olas ve algo que llama su atención. Se trata de la huella de un pie humano en la arena húmeda, una huella única —de un pie derecho— sin que se vean las otras necesarias para que alguien haya podido llegar allí. Acuden a su memoria las palabras que oyó por Morse en el corazón de Avendaño. Se acerca a dicha huella e imprime su pie izquierdo junto a ella. Parecen ser de la misma persona. Dice:

—*Y la otra orilla empieza a formar la huella del pie futuro en la arena... Pronto, pronto. Si no llegarás tarde a la creación del mundo.*

Con el propósito de ver si esa huella coincide con la suya, pone sobre ella el pie derecho y en ese instante se imprimen espontáneamente delante de él en la arena otra huella izquierda y otra derecha, sobre las que pone sus pies sucesivamente. Así, de un modo espontáneo, van estampándose nuevas huellas ante él que acaban por conducirlo a un lugar donde aparece modelado un hueco en la arena, el molde de un cuerpo femenino con los brazos abiertos. La impronta parece muy reciente. Con emoción y alegría, Ilegible se echa sobre esa huella o molde, abrazando y besando la arena.

Cuando se levanta con el traje y la cara manchados de arena húmeda, ve a Avendaño que viene hacia él con muestras de alegría. Se entabla entre ambos un diálogo en el que Avendaño, que se expresa en lenguaje anticuado, da a Ilegible el tratamiento de Vuesa Merced. No comprende nada de cuanto Ilegible le cuenta en relación con el naufragio y el cuerpo de la joven por la que aquél se ha suicidado. Sus recuerdos personales son muy diferentes. Habla de un naufragio, sí, pero ocurrido en muy diversa época. Cree que está en el año de 1492 y que el barco en que navegaba se ha ido a pique en una expedición a las Islas Azores. Nada tiene este archipiélago que ver con

la isla que, según Ilegible, habían salido a buscar. Avendaño no tiene sobre ella la menor noticia.

La cicatriz que Avendaño ostenta en la sien, bastante antigua por cierto, es explicada por éste de una manera sin relación alguna con el tiro de pistola que recuerda Ilegible. Este tiene otra vez la impresión de que es víctima de una broma pesada, que Avendaño es un mal cómico que le está tomando el pelo.

—Si Vuesa Merced no me tiene confianza, preguntármelo hemos a aquél que está pescando allí, entre las peñas —dice Avendaño.

En efecto, Ilegible ve a lo lejos una persona cuya silueta le recuerda sin equivocación posible a Carrillo que aparece sentado a la orilla del mar, entre unas rocas, con una caña entre las manos. Se acerca a él, conversando. Carrillo tiene asida la caña con las dos manos y en vez de mirar al mar, tiene los ojos perdidos en el infinito, encontrándose él mismo en estado de abstracción total, completamente arrobado.

Ilegible se le aproxima y coge la caña para sacudirla. Mas en el momento en que su mano toca la caña se oye resonar una música de profundidad asombrosa. Retira Ilegible la mano como si hubiera tocado un cable eléctrico y la música se extingue. Repite el juego otras dos veces con el mismo resultado. Cambia impresiones con Avendaño y después de encontrar en el bolso de Carrillo unos aparejos como de pesca, deciden imitar a aquél. Buscan entre las rocas algo que parezca una caña o pértiga. Encuentran unos palos retorcidos a los que sujetan los aparejos. En el momento en que el sedal establece el contacto con las ondas, empieza a resonar una sinfonía arrebatadora producida por instrumentos difícilmente identificables, que vibran con la grandiosidad de las armonías cósmicas.

Al cabo de un momento, Carrillo se desensimisma y sobre el fondo algo apagado de la música se entabla entre los tres una conversación inesperada.

Ilegible se ha dado cuenta de que no parece existir una relación correcta entre la marcha de su reloj que cambió con el de la muchacha en el bosque, y la del sol. Este se encuentra en posición sólo un poco distinta a cuando lo miró por primera vez, mientras que según las manecillas de su reloj han transcurrido cinco horas y media. El negocio se complica cuando advierte que los recuerdos de Carrillo no coinciden ni con los suyos ni con los de Avendaño, pues Carrillo habla también de un naufragio pero ocurrido el año de 1997.

La conversación versa sobre los siguientes temas, sien-

do ilegible quien la dirige: Esta playa donde se encuentran y de la que ninguno es capaz de dar razón, ¿no será la famosa isla que habían salido a buscar, donde debía existir una dimensión distinta? Y toda la escena del naufragio y de la mujer desnuda, ¿no habrá sido el modo como la isla les abordó y se apoderó de ellos? Siendo esta una isla que navega, tal vez a gran velocidad, podría explicarse el movimiento del Sol mucho más lento que el de su reloj, a no ser que, simplemente, se hubiera ésta descompuesto. Por otra parte, ¿no podría ser que estuviera fuera del planeta Tierra —lo que explicaría el movimiento más lento del Sol—, en el planeta Venus, por ejemplo, por haber muerto en el naufragio y encontrarse en el *otro mundo*?

Pero sobre todo, la duda: ¿están vivos?, ¿están muertos?, ¿están en otra especie de tiempo o acaso en la eternidad?

Dejan tan complicada conversación para hablar de cosas más inmediatamente prácticas. A lo que parece se encuentran en una playa desierta de una isla perdida, y les es necesario valerse por sí mismos instalándose como Robinsones. Lo primero es construir una cabaña donde cobijarse y encontrar algo con qué nutrirse. Se les ve fabricar una choza con ramas, pero como carecen de clavos y de cuerdas se ve que su construcción no resistirá el soplo del viento. De común acuerdo se vuelven hacia el mar, cuya obligación como es sabido, es proporcionar a los naufragos los restos del navío para que puedan instalarse. No encuentran absolutamente nada. Ilegible les dice entonces: —Dejadme dormir. Veréis como el mar nos traerá las cosas de mi sueño.

En efecto: Ilegible se tiende en la arena y en cuanto se duerme se ve cómo se desprende de su cuerpo un doble suyo que se incorpora y echa a andar invitando a Avendaño y a Carrillo, por medio de señas, a que le sigan. Se dirige hacia un lugar donde empieza a verse flotar junto a la misma orilla, una especie de caja de madera. Se acercan y ven que se trata de un ataúd. Avendaño se echa a reír mientras que Carrillo lo contempla con visible aprensión. Invitados por Ilegible, entre ambos lo empujan a la orilla y lo abren, saliendo entonces de él un delfín del tamaño de un hombre, una especie de tiburón que empieza a dar grandes saltos hasta que se vuelve al mar.

—Por lo menos nos quedan las tablas y los clavos, dice Avendaño. De nuevo Ilegible echa a andar hacia otro punto donde se divisa una especie de cajón enorme, semejante a los que se usan para trasladar los decorados de teatro. Al llegar junto a él e intentar manejarlo, advierten que es pesadísimo. No logran moverlo. Pero aprovechan el impulso de las olas que lo empujan a la playa, mientras que Avendaño y Carrillo impiden que la resaca lo vuelva al mar calzándolo por medio de grandes piedras.

—¿Qué diablos habrá aquí?, se pregunta Avendaño.

Presencian entonces cómo se levanta por sí sola la tapa del cajón. Dentro de él aparecen, acondicionados uno sobre otros como juguetes, no pocos personajes que se ponen enseguida en movimiento y salen a la playa formando una especie de comitiva o procesión. Salen primero, de tres en tres, 12 frailes franciscanos de luengas barbas, constituyendo una banda de música. Todos tienen las cuencas de los ojos vacías. Cada uno toca un instrumento de viento o percusión pero con la particularidad de que, por mucho que se les ve soplar en las trompas y trombones, redoblar los tambores y tocar los plati-

llos, no se escucha ningún sonido. Se oye, en cambio, la voz de Avendaño que comenta:

—Discretos son los hijos de San Francisco.

A continuación de los frailes empiezan a salir los personajes del drama *La vida es sueño* de Calderón de la Barca que desfilan así mismo en formación. Se distingue entre ellos al rey Basilio, a Segismundo vestido de pieles de animal y con una cadena grande que lo sujeta y que sostiene con las manos; a Estrella, Rosaura, Clotaldo, etc. Todos ellos tienen también las cuencas de los ojos vacías.

Según van saliendo del cajón y avanzando por la playa detrás de los franciscanos y con dirección a una pequeña loma que se alza al lado opuesto del mar, se oyen los siguientes versos de *La vida es sueño* recitados por una voz profunda que resuena a cripta:

Y teniendo yo más alma
¿tengo menos libertad?

Deja de oírse la voz para escucharse el ruido del oleaje que batido por el viento, rompe sobre la playa. Transcurrido un instante vuelve a resonar la voz:

Y yo, con mejor instinto,
¿tengo menos libertad?

Calla de nuevo la voz para oírse el mar hasta que se oye a aquella de nuevo:

Y yo, con más albedrío,
¿tengo menos libertad?

Se repite el mismo juego sonoro mientras la comitiva se aleja del mar:

Y teniendo yo más vida
¿tengo menos libertad?

La procesión se ha ido alejando de la playa para escalar la loma, mientras que los tres naufragos, Carrillo, Avendaño y la sombra de Ilegible, echan a andar en pos de ella como arrastrados por una fuerza invencible. Al cabo de un momento se ve cómo el cuerpo dormido de Ilegible se incorpora para ponerse a andar con gestos sonámbulos de muñeco mecánico, hasta que echa a correr con todas sus fuerzas. Alcanza a su doble con el que se identifica adquiriendo su consistencia total, y se despierta.

Esta última operación ha hecho que tanto Ilegible como Avendaño se hayan quedado un poco rezagados, mientras que Carrillo ha seguido en pos de frailes y personajes dramáticos, que no tardan en trasponer la loma. Cuando Carrillo llega a su vez a la parte más elevada se encuentra con que la procesión se ha esfumado mientras que a una distancia regular ve desplegarse una playa inmensa atestada de gente, exactamente como de Coney Island en los días de mayor afluencia. (*Stock Shot de Coney Island.*)

El rostro de Carrillo se transfigura de entusiasmo a la vista de espectáculo semejante, mientras se escuchan los

versos de Calderón que han empezado a recitarse en el momento en que llegaba a lo alto de la loma:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño:
Que toda la vida es sueño
Y los sueños sueños son.

En su entusiasmo comunicativo, Carrillo se vuelve hacia sus compañeros para animarles con voces y gestos a que se reúnan con él inmediatamente. Así lo hacen éstos. Abordan éstos la cima, Carrillo les muestra alborozado el espectáculo.

Sin embargo, cuando Ilegible y Avendaño miran hacia el lugar donde Carrillo les indica, no ven más que un desierto interminable donde aparecen diseminados algunos cactus pequeños y otros muy grandes.

—Como paisaje estéril, no está mal escogido, comenta Ilegible.

—¡Cómo paisaje estéril! Y aquella playa inmensa donde hierve el gentío, repleta de humanidad y de riqueza... ¿O cree usted que una aglomeración así puede tener lugar en un país miserable?

Ilegible y Avendaño se miran a hurtadillas y se hacen gestos para comunicarse uno a otro que Carrillo delira. Ellos, en efecto, no perciben nada sino un desierto como los del sur de los Estados Unidos y Norte de México.

Carrillo les invita a correr hacia la playa, pero Ilegible

y Avendaño lo toman a chacota. Muy excitado, Carrillo acaba por decirles:

—Pues bien, ahí os quedáis.

Y echa a andar a paso gimnástico no tardando en perderse detrás de un cacto gigantesco.

Filosóficamente y sin prisa Avendaño e Ilegible se ponen a su vez en movimiento. Cuando llegan al cacto no ven por ninguna parte a Carrillo. Le llaman, miran con obstinación. Nada.

—Se lo tragó la tierra, dice Ilegible.

Cuando miran en todas direcciones, considerando la situación, oyen de pronto el relincho de un caballo seguido de un rebuzno inconfundible. Se levantan de un salto por ver de donde proceden. Distinguen en lejanía una caravana de gitanos que se encaminan hacia la orilla del mar. Al contemplarlos de tan lejos, les parecen ser quizás algunos de los mismos gitanos que vieron peleándose antes de tomar su barco, y entre ellos hasta diríase que distinguen a la gitana vieja.

—¡Estos gitanos!... Han de ser tataranietos del judío errante, comenta Ilegible. No pueden detenerse en ningún lugar. Siempre están de vuelta. Pero ¿de dónde? Y del niño, ¿que habrá sido del niño? ¿Habrán venido a dejarlo aquí?

En efecto, se ve a la caravana desaparecer tras una escollera, como si se hundiese en el mar.

—Y ahora, ¿qué habremos de hacer? se pregunta Avendaño.

Ilegible se sienta en el suelo como a reflexionar y se pone a jugar con un palito en la arena. No tarda Avendaño en sentarse también pero al hacerlo lanza un ¡ay! de dolor.

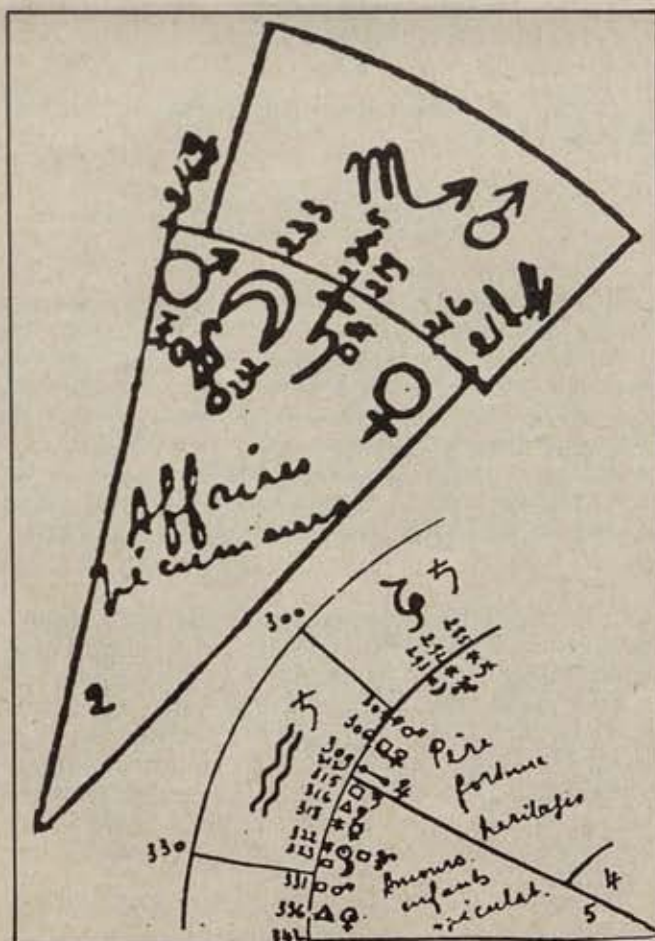
—¿Qué te ocurre?

—Alguien me ha dado un lanzazo, dice friccionando las posaderas. Debe ser ésta una isla endemoniada.

—¿Un albardazo querrás decir, que es lo que estás necesitando, le responde Ilegible riendo. Tanto escándalo por una espina de cacto.

—Sí, espina, dice Avendaño tras escarbar un poco la arena donde estuvo sentado. Aquí hay una púa de hierro, que no es lo mismo. Mire vuesa merced lo que me ha ferido.

Trata de reconocer el objeto que ha empezado a desenterrar, pero no puede. Escarba con ardor hasta que cae en cuenta de que se trata de algo muy grande de metal. Ilegible entre a la vez en faena. Se los ve a los dos trabajar afanosamente sirviéndose de palos, de conchas, de lajas y otros objetos encontrados en los alrededores. De cuando en cuando descansan enjugándose el sudor. Acaban por descubrir al cabo de cierto tiempo que consiste en una gran estatua de la Libertad, uno de cuyos rayos fue el culpable del lanzazo de que Avendaño se quejaba. Con esfuerzos sobrehumanos logran ponerla de pie, arriada a un gran cacto. Este último puede sugerir por su tamaño y forma una imagen de rascacielos. Le falta a dicha estatua el brazo derecho con la antorcha, y algún trozo del costado izquierdo, mostrando varios de los rayos de su cabeza retorcidos. Está corroída como si desde siglos estuviese enterrada allí. Junto a ella han aparecido algunos objetos tecnológicos del género de los que se desprendió Carrillo al partir de Finisterre y hasta podrían ser los mismos. Están todos ellos muy oxidados y dan sensación de cosa muy antigua.



las dentaduras. Las hay grandes y chicas, muchas preciosas, verdaderas joyas con dientes de oro, de platino y hasta alguna con perlas incrustadas e inclusive diamantes. Inconcebible piratería subterránea.

—¡No sólo de hambre vive el hombre!—, comenta Ilegible sentenciosamente. Y añade, segundos después: Ni sólo de hambre vive el hombre... ni muere el hombre... Hasta que algún día se decidan a divorciarse de verdad, el Hombre y la Hambre.

Enseguida continúa Ilegible:

—Lástima grande no disponer de un puñado de bellotas para exclamar: Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados... porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras del "tuyo" y del "mío".— Mira, allí me parece ver unas hermosas tunas, buenas para distraer el apetito. Alcánzamelas, por favor, aunque se te espine la mano.

Avendaño recoge unas tunas así como unos huesos que encuentra al paso, además de los que yacían junto a la carta, y los echan dentro del cofre, volviendo a cerrarlo y enterrarlo con cuidado.

—¿Te imaginas, Avendaño, la cantidad de sonrisas aquí en potencia? Así enterradas, es capaz que algún día produzcan frutos espléndidos— dice, mientras se alimentan ambos con algunas tunas.

A continuación se escucha un crujido persistente, un rechinar como si estuviesen royendo huesos bajo tierra.

Se tienden a descansar luego de haber asegurado los animales. Avendaño se ha guardado una hermosa dentadura doble de mujer que contempla a hurtadillas, poniéndola de modo que simule una sonrisa entre sus dedos índice y pulgar. También intenta en algún momento servirse de ellas alegremente, a guisa de castañuelas. Ilegible está distraído tocando suavemente su flauta, para sí.

Se los ve inmediatamente después montar en sus cabalgaduras respectivas, Ilegible en el pollino y Avendaño en el jamelgo. Sin que ninguno los espolee, los animales se ponen en marcha, como obedeciendo a un mandato, no se sabe hacia dónde, ni de quién. Cabalgan en un desierto arenoso y plano a pérdida de vista, en la saharena inmensidad donde el viento juega a las cuatro esquinas de los puntos cardinales.

Mas de pronto se advierte que la línea del horizonte abandona su trazado horizontal, como si el planeta fuese un plano que de pronto se inclinara progresiva y fuertemente en sentido para ellos cuestabajo. No tarda mucho para que empiecen a resbalar primero y luego a rodar residuos vegetales y cosas. Los viajeros sobre sus monturas se ven arrastrados a su vez por la fuerza de la gravedad pendiente abajo, con las interjecciones propias del caso.

Tras cierto tiempo empiezan a salir al paso de los aventureros algunos carteles indicadores:

—¿Su vida carece de sentido? Siga adelante.

—¿No se siente usted bien? Evite que se tuerza su camino.

—¿Le mortifican los cambios emocionales? Mantenga su derecha.

Luego aparece otra clase de letreros indicadores:

—El acontecimiento del siglo les aguarda.

—Gran concentración universal de los Testigos de Jehová.

—Nunca vista manifestación del deseo de las Naciones.

—Por aquí los Testigos de Jehová...

Ha venido atardeciendo. A lo lejos se divisan resplandores y luces de gran ciudad. A medida que los viajeros se acercan, la claridad artificial se intensifica. Continúan apareciendo los rótulos relativos a "Los Testigos de Jehová". Es como si Ilegible y Avendaño penetrasen llevados por el instinto de los animales y el sonambulismo del mundo a una ciudad para ellos invisible. Perciben una claridad como gelatinosa que los envuelve y aísla, deslumbrándolos, interrumpida únicamente por golpes de luz más intensos o por sombras difusas. No ven absolutamente nada. Pero en cambio oyen el estruendo callejero que en progresión creciente los inunda: bocinazos, frenazos, voces de periódicos, estrépitos de autobuses y ambulancias, de motos, cada vez más pegados a sus tímpanos, más denso, multitudinario y ensordecedor.

Al fin entre las neblinas de la luz se destaca, al principio casi imperceptiblemente, la silueta de un edificio enorme, como circular, hacia el que todo les empuja.

Interior en un inmenso estadio o plaza como de toros, a la manera del Yankee Stadium de Nueva York, iluminado por un verdadero derroche de luz artificial. Están sus tendidos abarrotados de gente en estado de emoción violenta. Grandes cartelones dicen: "Los Testigos de Jehová" en diversos idiomas: "Jehova Witnesses", "Les Temoins de Jehová", etc. etc. Algunos en lenguas exóticas, en árabe, en chino y tal vez en sánscrito, en ruso.

En el centro de la arena o ruedo se alza una tribuna donde, rodeado por delegados de respeto, se desgaña un orador junto al micrófono. A su palabra el público responde con alaridos de entusiasmo:

¡Yah... whé!

¡Yah... wéh!

¡Yah... wéh!

Se oyen trozos de su discurso:

—¿Qué conciencia sensata puede dudar hoy día de que vivimos el fin de los tiempos? ¿Quién puede ser lo bastante obtuso para no advertir los signos que se ciernen sobre el destino de las naciones? La catástrofe del mundo es ya tan inminente como evidente. ¡Ven, Jehová Salvador! Nuestros corazones sienten tu presencia. Resuenan tus pasos en sus vestíbulos. ¡No te quedes en la puerta, Jehová!... ¡Entra, entra, entra!...

La multitud en estado delirante repite a coro: "¡Entra! ¡Entra! ¡Entra!..."

Se ve entonces cómo Ilegible y Avendaño avanzan sencillamente en sus cabalgaduras en dirección al centro de la plaza.

Poco a poco empiezan los espectadores a darse cuenta. El estupor inicial se transforma en seguida en un arrebatado de indignación que gana en volumen hasta apoderarse del auditorio entero. Lluven almohadillas, envases de bebidas y cuantos objetos se estimen convenientes sin omitir algunos zapatos.

Varios *close-up* de energúmenos vociferantes como en los escándalos de los toros:

¡Que los pulvericen!

¡Que los destacen!

¡Que los decapiten!

¡Que los electrocuten!

¡Que los desmoneticen!

¡Que los despilfarren!

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!!!

Arrecia la lluvia de almohadillas que caen no sólo sobre Ilegible y Avendaño, sino también sobre la tribuna central donde el orador procura inútilmente hacerse oír. A fin de distraer los ánimos da orden de que la banda de música ataque su pieza más estrepitosa. Algunos la corean.

Ilegible y Avendaño tan azorados como si de pronto el mundo se les hubiese volcado encima, espolean a sus monturas, hasta que atraviesan por completo el ruedo o canchón y salen por una puerta diametralmente contraria a aquella por donde entraron.

Fuera ya del Estadio, Ilegible y su compañero siguen cabalgando envueltos en luces y estruendos de ciudad, mas ahora en disminución. Cuando se extingue el barullo, se escucha cómo Ilegible hace sonar discretamente su flauta.

Se hace del todo oscuro. Se amodoran sobre sus cabalgaduras. Ha de tenerse la impresión de que pasan la noche entera caminando por el desierto, ya de nuevo en plano horizontal como al principio.

Se ve cómo amanece. Al asomarse la aurora sobre un altozano, los animales se paran bruscamente ante un poste solitario colocado en medio del paisaje. Sostiene una cartela indicadora como las que se utilizan para marcar la existencia de una frontera. Dice:

COLUMBIA

Avendaño que se ha despertado, le grita a su compañero:

—¡Despierte que ya es hora. Mire qué luz la de esta alba nueva!

Ilegible se frota los ojos. Lee el letrero. Contempla el desierto en derredor.

Cerca del poste corre un hilillo de agua. Se apean. Beben. Se ablucionan. Comentan que por allí debe empezar una tierra habitada o habitable. Montan de nuevo sobre sus bestias y reanudan la marcha, trasponiendo la frontera invisible. Mas en seguida, sin que se adivine por qué, caballo y burro se encabritan furiosamente, como en los rodeos, largando sus más iracundas coces en contra de la dirección que traían. Por lo violento de las sacudidas han empezado a escurrirse del saco de Ilegible algunos granos de trigo que se esparcen en varias direcciones y, con el asombro natural, se ve que germinan al instante. Vuelven a apearse para observar más de cerca el fenómeno, advirtiéndole a Ilegible que con el cocerío del burro, se le ha caído también la flauta al suelo. Se palpa entonces, no sintiendo en el pecho su cartera, mas advierte en cambio, que los bolsillos de su saco están llenos de trigo. Con alegría infantil saca un puñado que arroja en tierra, viendo cómo no tarda en brotar.

—Pero qué clase de tierra ha de ser ésta que parece desierto —se pregunta Ilegible, que añade dirigiéndose a su compañero: —Toma tú también...

Los dos a una se dedican a arrojar trigo a derecha e izquierda, mas no con gestos de sembrador sino como echando de comer a las aves de corral y a los pajarillos. Andan de un lado a otro y pronto se ven rodeados por un campo de trigo incipiente. Los animales pastan y trotan resoplando con alegría. Vuelan en torno algunas avecías.

—Esta sí que no es, Avendaño, una mala aventura; ésta es suficiente para abolir el hambre siquiera por otros

cuarenta siglos.

El aludido, no Ilegible, que se ha apartado un trecho hacia la derecha, cree ver de pronto en el cielo algo que le electriza. En combinación con alguna nubecilla ve en el cielo una figura de mujer al estilo de una tarjeta postal un tanto cursi, quizá bordada y con lentejuelas. Parece sostener el globo solar con su mano derecha alzada, como una antorcha. Avendaño grita desaforadamente:

—¡Un milagro! ¡Un milagro!

Al tiempo que Ilegible acude para averiguar de qué se trata, se le ve al borrico que se interesa por la flauta caída, de la que su soplo arranca algunas notas agradables.

Vuela Avendaño hacia su compañero que se le acerca, para señalar con su brazo extendido la visión, sin dejar de repetir:

—¡Un milagro!...

Deslumbrado por el sol, Ilegible cree ver por su parte en el cielo un bulto diferente de mujer, algo así como la Venus de Milo con sus brazos completos, el derecho alzado a manera de estatua de la Libertad. Le parece ser la misma que alumbrada por el sol poniente se le mostró semidesnuda en el bosque.

—¡Un milagro!, Ilegible, ¡un milagro! —repite Avendaño apuntando con su brazo extendido al horizonte.

Pero al volverse y mirar de nuevo hacia el sol, ya no ve a la mujer, sino un molino de grandes dimensiones, semejante a los famosos de la Mancha. No sin decepción, exclama Avendaño entonces:

—¡Ah, no!... Esta vez es un molino.

El trigo sigue creciendo con tan rápida intensidad que en un momento oculta a Ilegible y Avendaño de nuestra vista.

FIN

☉ 261; 5 en pie.
 ☽ 233-0, chate 60
 ♀ 258° - uisi (brili)
 ♀ 216° - en tril
 ♂ 241° - en tril, 155°
 ♀ 128° 5' - " 419.0
 ♀ 224° 5' - en tril
 ♀ 232°
 ♀ 76° 5'

Juan
Larrea

Ilegible, hijo de flauta

Complementos circunstanciales

En su departamento de Nilo 52 de la ciudad de México, Luis Buñuel proyectó el 13 de enero de 1947 su film ya famoso *El Perro Andaluz* ante un grupo de amigos. Para mí era un reestreno. Un tanto por casualidad había yo asistido en diciembre de 1929 a su presentación en el cinema de las Ursulinas de París. Jacques Lipchitz me había obsequiado dos entradas porque en la misma sesión se pasaba un corto metraje sobre su estatua giratoria "La Joie de Vivre" instalada en el parque del Vizconde Charles de Noailles en Hyères.

Al conversar en casa de Luis tras la proyección, sostuve ante algunos de los presentes que dicho film había intentado abrir horizontes independientes de tiempo y de espacio que seguían sin aprovecharse. La creación cinematográfica había hecho caso omiso de las representaciones oníricas que le eran inherentes, para prestar el uso de la pantalla a las sometidas a un realismo convencional y de fines comerciales.

Como consecuencia, un grupo de amigos le incitó a Buñuel después a que se decidiera a hacer un film en mi compañía ya que, por mi ensayo sobre *El Surrealismo* —donde precisamente me había ocupado de *El Perro Andaluz*— y por las fotos y fotomontajes con que solía ilustrar la revista *Cuadernos Americanos* y sus ediciones, me suponían cargado de imágenes.

Cuando Luis me transmitió tales propósitos, agradecí mucho su buena intención. Pero me excusé alegando que cada arte tiene su lenguaje propio que sólo se aprende por la práctica, y yo nunca me había puesto a pensar en el del cinematógrafo. Pero ante la repetida insistencia de aquéllos, refrendada por Buñuel que se encontraba sin trabajo, acabé por decirles que lo único que me cabía hacer en su obsequio era recordar el argumento de una narración novelística que había empezado a imaginar y se me había quedado inconclusa en 1927-28 por no haber sabido continuarla. Tenía para mí dicho texto el interés de que algunos años más tarde pude suponer que la experiencia posterior de mi vida personal había continuado en cierto modo poético y sin que me diese yo cuenta, lo que literariamente se me había quedado trunco en París. Me hacía pensar ahora en ese texto titulado *Ilegible, hijo de flauta*, les dije, el hecho de que cuando le conté a Gerardo Diego algunas de sus escenas, me había éste comentado que le parecían especialmente cinematográficas. Pero lo malo era que dicho relato había desaparecido durante nuestra guerra, arrebatadas literalmente por el viento sus cuartillas, según supe, al registrar la Policía mi equipaje depositado en casa de mi hermana en Vallecas. Lo que se me ocurría hacer era recordar ahora su argumento, y si Buñuel estimase que mi aptitud imaginativa podría conciliarse con sus conceptos cinematográficos, me pondría a su disposición a fin de intentar algo juntos. Estábamos a 28 de enero.

Lo hice así. Recogí en unas sucintas páginas lo que saqué en limpio de mi memoria y tres días más tarde se las leí a Buñuel que me dijo al terminar: "¡Pero si es un film! ¡Y originalísimo!" En vista de lo cual puntualicé mis recuerdos algo más extensamente, no sin introducir al pasar algún detalle oportuno, como el de la fecha (18 de julio de 1936), por intuir que la substancia del argumento de tránsito de mundo a mundo coincidía con el sentido de la reciente catástrofe y de la emigración españolas. Nos pusimos por tanto a trabajar con miras a un film de Cine Club. Supe por Buñuel cómo enfocar y redactar algunos episodios. Con su ayuda elaboramos algunas escenas suplementarias.

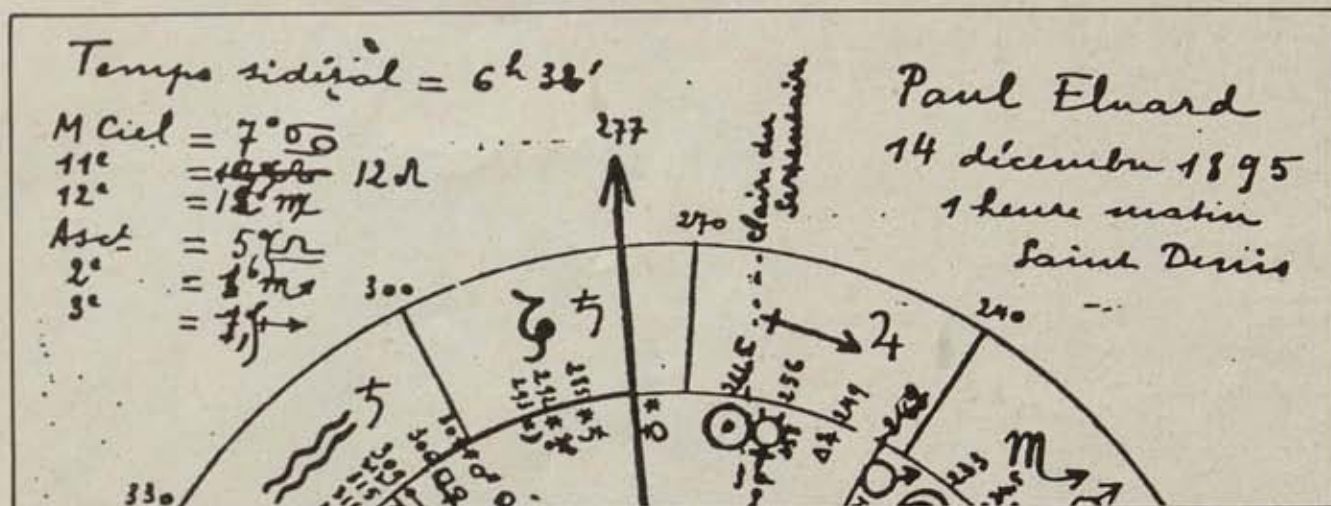
El día 3 de marzo se leyó el argumento ante los amigos reunidos en casa de Luis, quienes lo acogieron por lo general con entusiasmo. Fue dado a conocer a Dancigers y a algunos otros productores, inclusive norteamericanos. A tal fin se le añadieron unos párrafos de "Introducción" y se tradujo parcialmente al inglés. En varias ocasiones nos sentimos muy optimistas, pero ninguna de las gestiones de Buñuel, que yo seguía desde fuera, logró cuajar, o sea, obtener los medios necesarios para trasladarlo a la pantalla.

Fui yo quien me trasladé a Nueva York en 1949 después de haberle ayudado a Luis a componer algún argumento comercial que no tuvo mejor suerte, y de haber contribuido, aunque en parquísima medida, a componer algunas escenas de *Los olvidados* que por aquellos días había empezado a concebirse. Luis seguía con la esperanza de filmar *Ilegible*.

Al grado que varios años más tarde, residiendo ya en Argentina, recibí telegrama y carta suyos el 16 al 24 de abril de 1957, comunicándome que se disponía a filmar *Ilegible* por haber conseguido interesar al productor Barbachano Ponce, S.A. Debía ser una película más extensa, de siete rollos, y rodarse enseguida. Siendo indispensable ampliar el argumento, me instaba a hacerlo con urgencia.

Aprovechando una imprevista media semana de vacaciones universitarias, me entregué a imaginar con la ayuda de mi hija Luciane que inventó algunas buenas escenas. Pude así remitirle a Buñuel el 28 de abril ocho escenas nuevas y entre ellas el motivo que a nosotros nos parecía estupendo de *Los Testigos de Jehová*. Luis encontró de su gusto algunas de estas secuencias y al pasar descartó otras. De la para mí especialmente importante de los *Testigos*, por el carácter trascendental que confería al argumento me decía Luis: "Muy bueno, el episodio de los Testigos de Jehová... Pero dado los medios con que cuento dudo que se pueda emplear... Favorables buen nombre de barco".

Me enviaron el contrato el 6 de mayo que para ganar tiempo firmé en la creencia expresa, le dije a Luis, de que habría encontrado modo de filmar la escena de los *Testigos* que, como él sabía, consideraba yo imprescindible.



Con fecha 2 de julio me remitieron un adelanto de mil quinientos dólares, sabrosos para nosotros en aquellas circunstancias. Pero cuando al poco me hizo saber que en su adaptación no figuraba el episodio de los *Testigos* juzgué obligado detener la marcha de los acontecimientos. Rescindi el contrato y devolví intactos los cheques el 6 de agosto. Eso fue todo por entonces.

Tras un largo silencio volvió Luis a requerirme seis años después. Con fecha primero de enero de 1963, me decía disponerse a componer "un film con tres o cuatro cuentos. Tal vez uno sea *GRADIVA*, otro *AURA* de Carlos Fuentes, un tercero *LAS MENADES* de Julio Cortázar y un posible cuarto con un asunto mío. Todo es posible. Pero hay una cosa segura. Querría realizar *ILEGIBLE*". Pensaba Buñuel en esta oportunidad reducirlo a tres o cuatro rollos, bajo este título: "LEANDRO VILLALOBOS, film inspirado en 'ILEGIBLE, HIJO DE FLAUTA', de Juan Larrea. Adaptación de Luis Buñuel".

Accedí en principio. Pero como mi hija Luciane había desaparecido junto con su marido en un accidente aéreo —cosa que Luis ignoraba—, le pedí, dándole libertad completa, que el film se titulara y definiera como "ILEGIBLE HIJO DE FLAUTA. Parte de un relato fílmico de Juan y Luciane Larrea, adaptado por Luis Buñuel". Estuvo éste muy de acuerdo. Pero al cabo de tres semanas me comunicó que había desistido de su proyecto por habersele venido abajo uno de los cuentos por razones económicas y otro por culpa de la censura. Añadía, refiriéndose a *Ilegible*: "No creas que lo doy por totalmente desechado. Algún día volveré a la carga". Me animaba a publicarlo porque "como en su día se dieron varias copias anda un poco suelto por ahí". "Haz tú lo que quieras de él y como quieras."

En el fondo me satisfizo el fracaso. Y aun me holgué más cuando vi luego el film *La Vía Láctea* del mismo Buñuel, fundado sobre noticias acerca de Prisciliano y del Camino de Santiago, de las que mucho me había oído hablar y después leído en mi "Religión del lenguaje español". La degradación a que sometió al notabilísimo fenómeno histórico-sidereal, considerando al admirable asceta español, degollado y calumniado durante quince siglos por el clericalismo militante, como un sensualista vulgar dentro de un sistema de la misma estofa, me evidenció que nuestros conceptos acerca del sentido poético

de la Vida, se bifurcan a partir de cierto punto, hasta hacerse dispares, si no opuestos. El que me atribuyo dimania de la Imaginación Mitocreadora, siendo por lo mismo muy de temer que la adaptación de Luis hubiera despojado a *Ilegible* de sus mejores tuétanos. Diríase que él mismo lo reconoce en cierto modo al decirme en la última de sus cartas (13 de febrero de 1963): "Un abrazo muy estrecho, querido Juan. Tú no eres de este mundo". (Subrayado suyo.)

Ahora en el 79, por interés reiterado de la revista *VUELTA* con el respaldo expreso de su director y buen amigo Octavio Paz, me he decidido a revisar el texto original de otrora, sin más que añadirle la gran mayoría de los episodios que le inventamos con mi hija Luciane en 1957. Inesperadamente le ha llegado, pues, al héroe la hora de abandonar su incógnito para arrostrar las luces del prosencio.

Entiendo personalmente que, por ser *ILEGIBLE* un fenómeno poético-cultural, su realidad estrictamente literaria no es el valor que prima en él con carácter absoluto. Su "ser ahí" exige darse cuenta del modo como su argumento nació y creció en etapas sucesivas, medio por generación espontánea a la manera como con sus tropezones evolucionaba nuestra época. Brotó en 1927-28 con sus motivos fundamentales, en París. Desapareció con la tragedia española en 1937. Su memoria revivió, sin embargo, en México, en 1947, para ampliarse en 1957 en Córdoba, Argentina. Ahora en 1979, tras revistar el continente, retorna a la Nueva España. En estos cincuenta y dos años, la historia lo mismo la planetaria que la de nuestro idioma ha proseguido el itinerario laberíntico de su impulso creador hacia la universalidad, a la vez que *ILEGIBLE* ha cumplido indeliberada y como paradigmáticamente el ciclo de su desarrollo en cuanto producto de múltiples circunstancias no exentas de significado poético hacia el futuro. Ello forma parte de su realidad así como de la nuestra, no sólo hispano-parlantes, sino inclusive, pecando quizás de ambición, de seres humanos.

He de aprovechar la oportunidad para expresar mi agradecimiento a Luis Buñuel por el interés sostenido que demostró hacia el asunto y por lo no poco que me ayudó de varios modos a conseguir la forma que ahora presenta *ILEGIBLE*. No terminaré estos renglones sin sellarlos con un estrecho abrazo.

**Javier
Sologuren**

en los médanos

el viento el viento el
viento en la arena labra bocas flores huidizas
impresibles como la expansión del genio al salir
de la lámpara labra el viento bocas senos pubis
evanescentes invade confunde acaricia abre
suavemente labios hunde oscuramente ombligos
borradibujaborraborra sueña el viento acaricia
recuerdolvida obstinado vuelve centelleando por
el dócil cuerpo yacente de la arena el viento